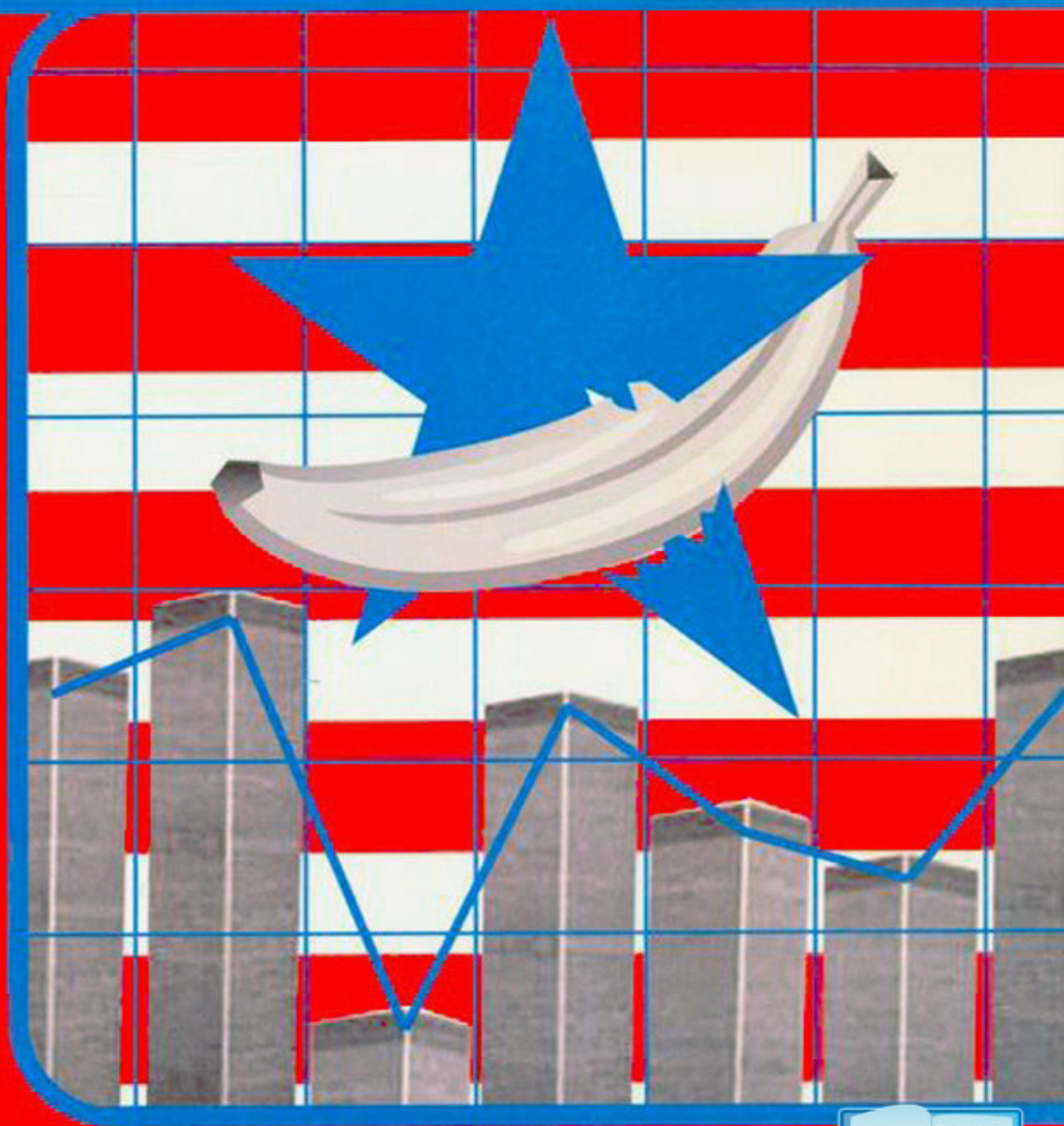


Francisco Umbral

La República Bananera USA



«Hermosa, grande y pistolera América, te ha llegado el momento de desenterrar el hacha atómica de guerra y asesinar de nuevo a Toro Sentado, mientras los tramperos de Arkansas y los caballos de Arizona tiemblan de deicidios. América, América, la democracia más putrefaccionada y poderosa de la Tierra. Desde el asesinato de Lincoln al suicidio de Marilyn, no has dejado de ser un tejido de irlandeses borrachos, italianos mafiosos y negros zumbones. Todo eso vuelve ahora como un regüeldo del cielo. Atlántida equivocada, errata de Platón, América, eres una Lolita puteada».

Francisco Umbral, con una mayor penetración psicológica que nunca, avisa nada más llegar Bush hijo a la presidencia de los Estados Unidos de América que el Imperio necesita una guerra para que su economía funcione y predice el enfrentamiento armado que llega cuando el 11 de septiembre de 2001 son destruidas las Torres Gemelas de Nueva York. «La República bananera USA» no es sólo la historia de la caída del símbolo norteamericano y de la guerra contra Afganistán, antiguo aliado, sino la historia de un sistema político que aboga por la muerte como forma de riqueza. Umbral afirma: «En su toma de posesión, Bush promete más poder militar, menos impuestos y «compasión» con la pobreza. Es la tríada más reaccionaria que se ha lanzado nunca desde la butaca del mundo. (...) Lo que quiere decir Bush, realmente, es que la industria armamentista es clave en la economía americana, y que así va a haber más trabajo para todos, más comercio y más dinero». Cuando caen las Torres Gemelas, se cumplen los deseos de Bush: ya tiene la excusa necesaria para desplegar sus ejércitos por los países que son su interés estratégico. Es la hora del poder militar. Umbral traza durante dos años con maestría el mapa de la guerra entre Occidente y Oriente y avisa de cómo será la guerra del futuro. «La República bananera USA» es historia contada en el momento en que se produce, crónica rápida y en caliente, una de las obras maestras de Francisco Umbral.



Francisco Umbral

La república bananera USA

ePub r1.0
Titivillus 24.01.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *La República bananera USA*
Francisco Umbral, 2002
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La república bananera Usa

El espectáculo mundial que están dando los Estados Unidos con sus elecciones supone, para la izquierda europea, un grave fallo de la democracia americana. Fidel Castro, el mejor escritor de su famosa revista Gramma, ha definido a USA como «república bananera». Perdona, Fidel, tío, pero no estoy de acuerdo. En cualquier república bananera se organiza mejor la corrupción, todo el mundo cuenta con ella y las elecciones salen. Apañadas, pero salen.

En Estados Unidos, la democracia ha sido más fuerte que los demócratas y se vuelve al rusticano procedimiento de contar votos a mano —en el país de la informática— porque el gentío quiere legalidad. Toda la resaca del deshonor americano, que para mí queda resumido en El honor de los Prizzi, está mareando las costas del Este y del Oeste. Por el interior del país vuelven a correr los búfalos en celo, y la gente se comunica las votaciones mediante hogueras cherokees. Estas elecciones catárticas ponen en pie el cadáver de Kennedy, del otro Kennedy, de Martin Lutero King, de los fontaneros del Watergate y de una abuela mormona de Mónica Lewinsky. Norteamérica es una mierda, pero eso ya lo sabíamos.

El camarada Fidel, en su isla, se fue a la playa el día de las elecciones, «por hacer como casi todos los americanos», con lo que aludía a la monstruosa abstención.

Pero se equivoca Fidel, ya digo, definiendo a USA como «república bananera», porque en esas repúblicas se hacen mejor las cosas, un tapado es un tapado, un pucherazo es un pucherazo y un presidente títere es un presidente títere. Todo el mundo lo sabe todo y las cosas van marchando. No es una democracia europea, pero es una democracia peculiar, asintomática, racial. Esta vez, los Estados Unidos han decidido probar la democracia/banana y les ha salido un pan como unas hostias. En la también magnífica novela Wall Street, el gran financiero le dice a su delfín:

—¿No pensarás que esto es una democracia?

Los padres americanos de la democracia no creen en ella, como muchos cardenales pontificios no creen en Dios. Precisamente al que está en el interior de la caseta no le puedes obligar a que crea en el títere. Pero los cubanitos y gusanitos del eterno bacilón de Miami están sacando a votar a los muertos, porque un muerto es el ciudadano más formal, mayormente con un gobernador hermano del candidato. En Florida es donde han montado el pollo, el cirio, pero ya toda América venía en procelas y los jueces siguen firmando sentencias para la silla eléctrica. Hermosa, grande y pistolera América, te ha llegado el momento de desenterrar el hacha atómica de guerra y asesinar de nuevo a Toro Sentado, mientras los tramperos de Arkansas y los caballos de Arizona tiemblan de deicidios.

América, América, la democracia más putrefaccionada y poderosa de la Tierra.

Desde el asesinato de Lincoln al suicidio de Marilyn, no has dejado de ser un tejido de irlandeses borrachos, italianos mañosos y negros zumbones. Todo eso vuelve ahora como un regüeldo del cielo. Atlántida equivocada, errata de Platón, América, eres una Lolita puteada.

13 de noviembre de 2000

Más Bush

Tenía que ser y lo sabíamos todos desde el lío aquel con los votos en Miami. La derechona norteamericana, que es a la española lo que el Empire State a la Torre de Madrid, ha tomado el Poder con todas las consecuencias y todos los misiles. El bombardeo de Bagdad es una eyaculación retardada que ha relajado a los pollones del Pentágono. Al fin, volver a matar en pleno desparrame, volver a la muerte, que es como volver al tabaco, al alcohol o al abuso de menores. Uf, qué alivio.

Porque el Imperio en acto es matar. El Imperio en acto no es ayudar al Tercer o Cuarto Mundo mediante caridades monjiles y «verdes» que seguramente viran al rojo. El Imperio en acto es la paz, y la paz no puede ser sino la pausa entre dos guerras. Bush ha empezado a trabajar por la paz nada más sentarse en el despacho oval:

—A ver, ¿dónde montamos una guerra?

Y han vuelto al de la boina, porque tampoco tienen mucha imaginación. La paz es una tarea interminable, el fruto mortal de la guerra, porque, como diría Fernando, lo que al final traen no es la paz sino la Victoria. Un Imperio no admite otra actitud o pose que la Victoria. He recordado aquí el otro día la observación de Gracián: «César se tapa la calva con sus laureles». Bush se tapa el cráneo privilegiado y la calvicie de neuronas con hojas de los cedros del Líbano.

Vivíamos en paz mientras felaban a Clinton, pero la paz no es productiva y no se puede seguir calcando al obreraje con los bajos salarios. La guerra es la única fuente pacífica de dinero, como ya lo dijera Heidegger: «La guerra es la paternidad de todas las cosas». El pensador de la Selva Negra era un nazi inspirado. Marinetti había dicho que «la guerra es la única salud del mundo». Bush no los ha leído, ni puta falta, pero no otra ha sido la política USA a lo largo de los tiempos, desde que yo vi fascinado la primera peli de la guerra de Corea: la guerra como paternidad de todas las cosas. Habiendo guerra hasta los rascacielos crecen, que ya Woody Alien se ha quejado de que ahora hacen los rascacielos de Manhattan más altos.

La guerra es la paternidad del dólar, de la leche condensada, del acojone europeo, del desembarco de Normandía, la guerra es la paternidad del petróleo, de la explotación en América del Sur, la guerra es la paternidad de Solana, de la OTAN, de la Ley Seca, de Rota, de la victoria del Golfo y de la saga interminable de los Kennedy. La guerra es la paternidad de esa casi adolescente soldado árabe que el uranio empobrecido convierte en muñeca rota. La razón de ser de todo Imperio —romano, español, yanqui— es la muerte. La muerte es el sello legal de los documentos imperiales.

Wojtyla dejó a los yanquis sin enemigo, con el Imperio a medias, acabando con la URSS. Los curas es que no deben meterse en política. Que aprenda el Papa de los curas vascos.

Pero Rusia y Japón ya han engrasado la escopeta atómica para contestar a Más Bush, que también ellos necesitan una guerra para conquistar la paz. Más Bush, o sea Bush II, ha puesto el mundo en numerosa guerra nada más llegar, cosa de una semana. Un mundo en guerra es un mundo en orden. La paz sólo cría huérfanos. Al fin vuelve la ardiente paternidad de todas las cosas. Gracias a Dios.

19 de enero, 2001

La hamburguer

La hamburguer americana, de todas las marcas, fue la comida basura de mi hambre y de tantas adolescencias. Con una hamburguer y una pepsi fuimos tirando hasta que murió el difunto. Luego, los que podían, compraban la carne fresca y se hacían la hamburguesa en casa. Ahora, con la cosa ésa esponjiforme, también este bocadillo americano y excesivo se ha vuelto peligroso.

A uno le parece lo más grave de todo lo que viene pasando con las vacas locas: lo de la prohibición o alerta de la hamburguesa, me refiero. Porque en toda juventud, en toda adolescencia hay la edad del pavo, la edad del ligue, la edad del winston, la edad de la paja y la edad de la hamburguer. Por influencia del cine americano, eso de comerse una hamburguer solo, en la marginalidad del barrio, llorando sobre la coca o la pepsi, es un gesto de rebeldía con causa, de mirar hacia atrás con ira (cuando apenas tenemos un atrás, un pasado), un primer arranque de hombridad y «ahora se van a enterar». Incluso la hamburguer en el establecimiento más caro y aséptico nos hace marginales, a cierta edad, emancipados, malditos, huérfanos de novia. Pero ahora, clausurado ese bocadillo, o desaconsejado, nuestra juventud apolítica, secretamente americanizada, se va a hacer rebelde de verdad, acabará en la extrema izquierda que no existe, se inventará una kale borroka para madrileños, se convertirá en un peligro para el Estado. También puede ser, según las ideologías que ya no hay, que se produzca el fenómeno contrario, un aburguesamiento de la adolescencia párvula de Bukowski, una vuelta al hogar y a la sopa boba, al amor conyugalísimo de la novia de quince, una mejora de las matrículas en los colegios religiosos, matrículas que están bajando escandalosamente por culpa de una Constitución laica que hicieran los rojos de la Transición.

En cualquier caso, nuestras mocedades viven el patriotismo de la hamburguesa, se cuelgan de pepsi y rebeldía, y, queriendo ser ciudadanos globales, sólo son subciudadanos yanquis. La hamburguer era la emancipación, el comer solo, a deshora y sin telediarios, el culto del yo erigido en cualquier gasolinera, el primer discurso del ego y la rebeldía frente al padre, la madre, Aznar, las máquinas de marcianos, el patinete navideño y el perro, que es un pelota y sólo quiere a la cocinera. La hamburguesa no viene de Hamburgo sino del nacionalismo imperialista yanqui, es un gallardete más del Imperio, entre la OTAN, los vaqueros, Solana, el uranio empobrecido, el plutonio enriquecido y la mediocridad inaugural de Bush.

A los chicos y las chicas hay que hacerles ciudadanos del Imperio desde pequeños, integrarles en aquella cultura macho, que es la del XXI. No por un asquito esponjiforme se va a perder nuestra «generación perdida», la que luego entra en el PP o en el PSOE con buen porte y buenos modales, como Zapatero, y no habla de oposición sino de colaboración. Como ya no tienen hamburguer, a Aznar le comen en la mano.

20 de enero, 2001

Bush II

En su toma de posesión, Bush promete más poder militar, menos impuestos y «compasión» con la pobreza. Es la tríada más reaccionaria que se ha lanzado nunca desde la butaca del mundo.

Bush quiere más poder militar porque no se ha enterado —es un provinciano— de que todo el poder militar del universo es suyo. ¿Poder militar contra qué, contra quién, cuando USA lleva globalmente la gendarmería del oro, del petróleo y de la muerte? Lo que quiere decir Bush, realmente, es que la industria armamentista es clave en la economía americana, y que así va a haber más trabajo para todos, más comercio y más dinero. Clinton, consciente también de esta prioridad de una industria bélica, encaminó sus miras hacia el cielo, o sea la conquista del espacio, que también es cara pero no hace daño a nadie ni precisa de andar declarando guerras a cualquier moro que se ha sentado a cagar en la raya de una frontera. De modo que en el ánimo de Bush, a más del cálculo económico, hay un plus de afición por la guerra, de gusto militar por los muertos, que si son compatriotas se les glorifica y si son enemigos se les reboza en uranio empobrecido, como una croqueta nuclear.

En su segundo deseo («pide un deseo», dicen ahora los imbéciles), Bush habla de menos impuestos, pero de eso hablan todos los presidentes en todas las tomas de posesión. Incluso hablan de rebajar impuestos los presidentes que efectivamente van a rebajarlos. Es un parrafito que compone y completa la tríada. Luego, los impuestos suben o bajan, o cambian de nombre, eso ya da igual.

Finalmente, Bush II no se olvida de la pobreza nacional, que también la hay, y para ella pide «compasión». O Bush es un cínico que se ignora a sí mismo o Bush es tonto de percal. Para la pobreza, hoy, se pide solidaridad, revolución, dinero, comida, ayuda, justicia, reparto, pero eso de curar la pobreza con la compasión se quedó en las Adoratrices, las Oblatas, las de la Adoración Reparadora y otros gineceos de Dios que hoy tienen su equivalente en las plurales sectas religiosas de Estados Unidos. Desde la presidencia del Imperio, lo más que se pide para la pobreza es compasión, o sea una jaculatoria y unos centavos, y vamos de prisa que nos van a cerrar el Banco. Siempre habíamos pensado que Bush II era tonto, pero un tonto de la especie amarraco, con la nariz y la boca hacia adentro, como pájaro piparro con corbata. Ahora nos entra el picapica de si será un cínico de vuelo corto, un ágrafo que no conoce el valor de las palabras o un vaquero sureño que ni siquiera ha ganado las elecciones y que no es sino el aborto de un fraude contable.

Bush II principia mal su reinado, como era previsible, y su primer discurso gubernamental está hecho con un pastel de sangre bélica, una promesa económica, demagógica y ambigua y un inefable canto a la compasión. Cuando las tres cuartas partes del mundo se mueren de hambre —también en su país—, para la pobreza no se le ocurre mejor remedio, ni siquiera retóricamente, que la compasión. Es un mediocre y un malvado. No sé en qué orden, pero es un malvado y un mediocre.

22 de enero, 2001

El “Enterprise”

El Enterprise es uno de los mayores portaaviones de USA. Ya hubo otro Enterprise, de memoria romántica, en los años 40, que se lo llevó el mar así como en una fábula de Conrad. El Enterprise, con su leyenda y sus mil cañones por banda, puede avecindarse en Rota, como otras lanchas de la OTAN, porque a la novia del comodoro le ha gustado Cádiz.

La información oficial u oficiosa dice que la base de Rota se convertiría en centro de reparaciones de la Flota, lo que parece asegurar la paz gaditana, pero no es más que una disculpa, claro, para aparcar los grandes monstruos marinos del Imperio, y donde serían atacados por otros grandes monstruos marinos de otro Imperio, si lo hubiere, mas parece que no lo hay. A lo mejor todo es una ideíca que traía en la cabeza Bush II, y la ha puesto en práctica nada más llegar. Rota se convertiría así en el broche militar del Mediterráneo, lo que puede hacer de España «nación más favorecida en materia industrial», según leo en La Razón, privilegio que nos iguala con Canadá y Reino Unido. Todo muy a celebrar con champán para los almirantes y cava para los grumetes, que lo que trae el Enterprise es la nueva sociedad de clases, muy parecida a la anterior.

Como contrapartida se incrementarían las ventas a Estados Unidos de armamento fabricado en España, o sea la famosa Star, pistola bilbaína que sale ya en la historia de Sacco y Vanzetti, años veinte. Y ahora es cuando el PSOE comprende por qué un Aznar sonriente y embalado anuncia a los yogurines del PP, capitaneados por la morena Mari Carmen Fúnez, 10 años más de Gobierno del PP, incluido él, que de irse nada, ahora que tiene de escolta al Enterprise, y hace bien.

El presidente está muy puesto y ha sabido aprovechar las concomitancias del PSOE con la OTAN, concomitancias que los socialistas dejaron en la palmadita de espalda y la sonrisa de giocondo de Solana, pero que Aznar, sin complejos, está llevando hasta las últimas consecuencias, lleno de confianza en la mar, camino innumerable, y pidiendo reelección y bronca en cada esquina rosada. Aznar tiene sobre el PSOE la ventaja de que cree en la OTAN, mientras que los otros se limitaban a tolerarla, llenos de rubor. Se habían traicionado a sí mismos, se volvieron incoherentes con su pasado, mientras que Aznar retoma el ancla de los grandes destróyer liberales y no surca el mar sino vuela. Aznar y sus economistas tienen una única ventaja moral sobre la socialdemocracia de pana y honra: que son coherentes con lo suyo, que es lo que hoy mola pepsicola, y no tienen complejo de derecha ni nidos de cigüeña en los huevos.

Muchos medios dan el resurgir tranquilo y planchado de Aznar sin entender nada, pero el secreto está en el Enterprise, que es el Caballo de Troya del Imperio y ha elegido la sombra morada de Rota, la paz albertiana de Cádiz, para echar un sueño imperial y vencedor, mientras la mano de obra andaluza le aprieta los tornillos a la nova navis del Ulises atómico. Lo del uranio empobrecido vendrá luego, calma, que habrá para todos.

23 de enero, 2001

Bush se va a la guerra (fría)

El presidente Bush confirma que Estados Unidos desplegará un sistema para destruir misiles en vuelo. Eso es como cazar moscas a periodicazos. Bush alega que el escudo es necesario porque hoy día el mundo es «menos previsible». Habiendo un Bush en la presidencia, todo es menos previsible, salvo la guerra, como habiendo un Clinton todo era menos previsible, salvo las becarias.

Cuando ya lo tienen todo montado, el yanqui promete enviar equipos de consulta a Europa para conseguir su asentimiento. Bush acaba de inventar la guerra fría, que ya padecemos durante muchos años, y que, como tengo escrito más de una vez, fue sólo la guerra del miedo, la congelación en bloques del miedo universal, que es lo que más abriga y defiende al hombre. Volveremos, pues, a ser escasos y felices, medrosos e inexistentes, pero mambiseros. El señor Putin no está dispuesto a tolerar ese cazamoscas atómico de Bush y los comunistas chinos, que son millones, ya se han sumado a la protesta contra Estados Unidos. Las dos geografías de una guerra fría, gélida, se están configurando rápidamente, con lo que volverá la paz de los 50/60, ambientada por movidas juveniles como la de Mayo/68, el Movidón madrileño, la mortandad estudiantil de México y la lucha unipersonal de Fraga contra los estudiantes, con mucho retrato ecuestre de grises y estudiantinas azotadas en la culera del vaquero por los maderos y la pasma, con sospechosa aplicación lujuriosa contra el FRAP.

La guerra fría consiste en que dos grandes colosos (ahora tres, con el protagonismo de China, que antes era meramente maoísta y lírico) se enfrentan con las espadas nucleares en alto, escenificando una guerra que nunca tuvo ni tendrá lugar, ya que sólo se trata de vivir el éxtasis del miedo, o sea el miedo recíproco. El equilibrio del terror es el único equilibrio estable a que ha llegado la humanidad, y unos cuantos de nosotros lo hemos vivido y disfrutado. Que le pregunten a Raúl del Pozo lo feliz que era con su miedo.

Ya antes se habían intentado otros equilibrios, como el equilibrio ser/pensar (Descartes), el equilibrio ser/pesar (Newton) o el equilibrio pesar/viajar: energía (Einstein). Pero todo eso no era más que literatura. El verdadero equilibrio de los mundos lo mantuvieron Eisenhower, Kennedy y el estalinismo, del 45 hasta Wojtyła, un Papa que puso a todos los ferroviarios de Polonia en un plato de la balanza, y pesaron más que esos mismos ferroviarios rojos en el otro plato, como que efectivamente eran los mismos. Misterios de la Santísima Trinidad. Dada la bondadosa condición del ser humano, no es concebible otro equilibrio amoroso que el equilibrio del terror.

Y digo «amoroso» porque este equilibrio del amor político sirve también para el amor matrimonial o doméstico. Cuando se rompe el tan cantado equilibrio, un sesentón mata a su esposa con el molinillo de tostar café y el señor Bush levanta un «escudo» nuclear para cazar moscas/misil con un papel matamoscas de aquellos que colgaban del techo en los veranos de la posguerra. El equilibrio del terror puede durar años, siglos, con lo que ya viviremos y ligaremos tranquilos hasta la próxima guerra, que además será fría.

4 de mayo 2001

Bush en Casa Lucio

Los señores tipo Aznar es que se las piensan más de lo que parece, y el manda de la Moncloa, o sea, después de cierta sumisión, se llevó a Bush a comer a Casa Lucio, para meterle al señorito en la entraña casta y vinácea de Madrid, que es como decir España, con perdón. Lo primero, Bush le entregó el escudo anti/misiles al maitre, que lo puso de rinconera junto a los urinarios.

Antaño, Aznar, si se recuerdan, había llevado al alemán a Lucio, y no porque allí tenga cuenta abierta sino porque es como traerles a tu terreno: menos tratados otánicos ofensivo/defensivos y más huevos revueltos con patatas fritas, y el linio de la casa, que tiene levantados a varios muertos, entre ellos el difunto don Severo Ochoa, que en su delirium preguntaba por las memorias de Sara Montiel. Lo cual que Aznar hace concesiones en su despacho, firma lo que haga falta, pero luego se lleva al visitante a Casa Lucio, un mesón que se ha vuelto fino, con mis gritos y sus señoras joyonas, sus bellezones con sus modelazos, etc., y le borroquiza de rodaballo al horno, jamón de jabalí y blanco de Tierra Medina, o sea todo el lujo de «los vientres de Madrid». Bush quedó ceguerón de tortilla española, que es la hostia consagrada de lo popular, y vino que era sangre de la corrida del día.

Felipe González, que tampoco era manco del izquierdo, se los llevaba a la bodeguiya, que era más intelectual y menos íntima. Pero estos de ahora, tipo Aznar, se los llevan a Casa Lucio, les marean de números con Rato y les zumban de Historia con el misterio de Embajadores y la Cava. Bush no volverá a equivocarse nunca creyendo que las fincas de los amigos de Aznar son un rancho. Yo he conseguido que mi pequeño huerto volteriano parezca una dacha, mayormente a quienes no lo conocen, pero eso cuesta mucha literatura e insistencia.

Bush ganó a los puntos en Moncloa y Aznar ganó a las copas en Lucio. Creo que hasta le recitó al yanqui los bellísimos cuentos antologizados por doña Ana Botella, con lo que el americano, cuando iba a buscar su escudo, se lo encontró oriniento y orinado (que no son adjetivos equivalentes ni mucho menos). Quiere decirse que todas las decisiones bélicas o prebélicas de Bush bis II pasarán por Lucio, quien hará con ellas un huevo revuelto, aunque haya quienes opinen que es hermoso entregarse al Imperio. La política de Aznar va estando clara. Una de Lucio y dos de arena. El visitante se llena de esencias, folklore, famosas descotadas y descotadas sin fama. La musa meridional, loca agonía, las entrañas de Spain en salsa verde, y un interlocutor que parece asentir a todo mientras caligrafía la letra pequeña: colaboración contra ETA.

Después del Palacio Real y Moncloa, Casa Lucio se ha convertido en el tercer círculo del infierno madrileño, más gracianesco que dantesco. El rey Juan Carlos les da la bendición, a los grandes visitantes, Aznar les da la razón y Lucio les da un blanco de Rueda que tiembla el Misterio. Así es como entregamos Torrejón para una hipotética guerra mundial ¿contra quién? y obtenemos la ayuda telehipnótica de la CIA para cazar etarrillas. Esto no se hubiera conseguido en un despacho con Grecos y virreyes. Esto sólo se consigue en Casa Lucio, marchando

15 de junio, 2001

El poder irónico

El poder terrorista es siempre o casi siempre un poder irónico por cuanto derrota con la honda infantil de David la grandeza de Goliat. El terrorismo, fenómeno de nuestro tiempo, ha sustituido a las grandes guerras. Antes se guerreaba de Imperio a Imperio y dijo Nietzsche que las montañas se comunican por las cumbres. Pero ya no hay más que una montaña, que es el Poder global, y las minorías nacionalistas, religiosas, belicosas o fanáticas se justifican haciendo una guerra mínima, unipersonal, el tiro en la nuca, el avión secuestrado, el kamikaze u hombre/proyectil. El efecto no siempre es grave, pero siempre es irónico. El Poder no queda gravemente herido, pero sí un poco en ridículo, como esos millonarios de antaño que iban perdiendo la calderilla en las viñetas humorísticas.

En plena globalización, el último recurso que le queda al débil es el de la ironía, pues se trata más de denunciar un gigante o un exceso que de acabar con ellos, empresa imposible. Los etarras, cuando queman una bandera española en la plaza de Vitoria o en otra, no están quemando España, como quizá quisieran pero están minimizando el símbolo español y dejando su águila heráldica en un pájaro frito.

Esto es lo que funciona ya en Estados Unidos después de la catástrofe. La prepotencia de Bush se refugia en un búnker cuando nada menos que el Pentágono arde como un pañuelo. El Poder se alimenta de símbolos y la blanca simetría del Pentágono era un símbolo máximo del poderío militar americano. Casi nunca había generales allí dentro, y esto hace aún más gratuita la destrucción del Pentágono, donde puede que estuviera Fukuyama, en su despacho, elaborando más pensamiento único.

El contraste entre el poderío militar americano y la fácil destrucción de su emblema es la contradicción de donde nace la ironía. Los terroristas, que dice Aznar que son iguales en todas partes, no parecen unos tipos con mucho sentido del humor. Desacreditan al enemigo como un chiste de periódico desacredita a un Banco: con un rasguño. No vamos a decir que lo de Manhattan sea humorístico, pero sí que al terrorismo no le queda más que el humor involuntario para hacerse fuerte. Esperemos la respuesta de Estados Unidos a los culpables para saber que el efecto humorístico desaparece en cuanto se desembralan los misiles.

No habrá una Tercera Guerra Mundial porque no hay enemigo, pero el gag del avión estrellándose contra el rascacielos nos parece haberlo visto ya hasta en el cine mudo, y si le quitamos la sangre no deja de dar risa por lo elemental. El terrorismo internacional está haciendo humor con los Poderes que no puede abolir, como esa gran movida de funcionarios que no saben adónde van en mangas de camisa y necesitarán, para enterarse, ver la cosa en la televisión y saber qué es realmente lo que ellos han protagonizado. La catástrofe ha proporcionado a miles de funcionarios en huida esos cinco minutos de gloria que Andy Warhol reivindicaba para todo hombre corriente.

13 de septiembre, 2001

N. Y., doncella sin pechos

Paul Morand acuñó la imagen a principios del otro siglo para que se hiciese realidad, tanto tiempo más tarde, mediante la irrupción brutal y sucia de los hechos. «New York, doncella sin senos». Y he aquí la castidad gemela de las dos torres viniéndose abajo en una deflagración que es como la violación priápica de la actualidad absoluta contra la intemporalidad del clasicismo siglo xx que se inventaron un alemán y un japonés.

Había en mi hotel de Nueva York un negro que me daba cocacola todo el rato llenando mi corazón de tinta negra como el tintero donde había de mojar la pluma para escribir el gran poema de Nueva York que ya habían escrito García Lorca y tantos otros. Había unos arlequines de Picasso que hacían circo en el vestíbulo, escapados de algún museo, y yo miraba a la bailarina como si fuese de mentira, cuando era la única mujer real de la ciudad, con su coleta francesa y sus muslos rosa/Renoir.

Había una calle grande, excesiva para vivir y en la otra acera estaban los grandes abstractos líricos del momento: Pollock, Motherwell y todo eso. Subía yo las escaleras del vacío y todo el inmueble era una sola habitación donde pintaban, bebían, comían, fornicaban, leían y vendían aquellos irlandeses y nórdicos que habían impuesto en América el luto del negro por la República española y el rojo de las mañanas cuando la portera abre las cancelas del sol. Nueva York es el presente vertical que se levanta ante Dios todos los días apostándole un dólar a la vida. Los fanatismos de los Viejos Libros, que comen de su pasado, no pueden soportar tanta actualidad esbelta y lanzan contra la doncella sin pechos amenazas, periódicos, aviones, misiles, blasfemias y profetas. Nueva York hace una moneda con cualquier cosa y vive de vender dinero al mundo, pero tiene una imaginación salvaje y fina que ha poblado de gangsters los tejados como pájaros que vuelan con sus gabardinas. Comía yo, o cenaba, junto a muchachas negras que se tomaban la hamburguesa con la dignidad de la reina de Saba, junto a muchachas blancas de una blancura como fregada por el mar, y todas tenían un amuleto, un tatuaje, un dije, algo que estaba de moda aquellos días y era la clave oriental que las defendía contra el occidentalismo puro, duro y macho de Nueva York. Una de aquellas muchachas blancas me invitó un día a subir a su apartamento del piso 73 y le dije que no, que yo era homosexual, porque me daban vértigo tantos pisos, más la cocaína que, como una gata de nieve delirante, nos esperaba allá arriba. (Yo he venido a Nueva York a follar, si es posible, y no a fliparme, que para eso me quedo en Madrid, decía dentro de mí el español marchoso, un poco asustado por la aventura políglota).

El negro del hotel seguía llenándome el tintero del corazón con aquella cocacola americana, espesa, dulce, cargada, que me alimentaba para todo el día y me recordaba las melancólicas cocacolas de España. El negro estaba dispuesto a que yo escribiera el libro de la ciudad, pero yo iba arrinconando en un armario los tinteros de sangre negra y esperando a la doncella sin senos que me había auspiciado Paul Morand. New York, New York es el sombrero en el suelo que se llena de dinero negro y de dólares falsos. New York es la doncella que iba a florecer sus pechos cuando cayó transida por la ráfaga turbia del Oriente.

14 de septiembre, 2001

La miseria transeúnte

Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial los países ricos se encerraron en sus casas a ver la televisión y beber cerveza. El mundo quedaba dividido en vencedores y vencidos, en ricos y pobres, en demócratas y totalitarios. Pero todos vivían bien y esperaban la llegada de la penicilina como el arcángel de la salud con su beneficio transparente. ¿Pero y el Tercer Mundo? Los países pobres que habían quedado al margen del reparto se aculataron en su pobreza comprendiendo que un nuevo orden mundial les dejaba fuera del tiempo y la esperanza. Sólo Israel y el mundo árabe, por citar dos enemigos mutuos, olvidaron la resignación y se lanzaron a la conquista del contrario. Han pasado así muchos años, porque, efectivamente, de aquella Segunda Guerra Mundial nació una época, un tiempo que ha sido nuestra vida. Pero la caída de la URSS y otras crujías han dado fin a la larguísima postguerra mundial. La Unión Europea y el despliegue imperial de USA no son sino intentos de solidificar aquel sistema confortable y tranquilo que duró medio siglo. Pero la resistencia pasiva de Gandhi, la revolución de Castro, los neonacionalismos, etc. han puesto en movimiento los inmóviles cúmulos de humanidad y pobreza que se llamaron Tercer y Cuarto Mundo. Incentivados por un nuevo viento de rebelión, los estáticos dioses del hambre se han puesto en marcha, desde el terrorismo hasta la invasión pacífica de Europa por las razas de color inédito.

Es lo que llamo aquí la miseria transeúnte, ésa que viaja en patera o en El Barco de la Vergüenza, tocando todos los puertos de la abundancia, llamando a todas las puertas con pasador, mostrando la esclavitud y el dolor en un tour inmenso e ínfimo que nos quita la paz burguesa y el mando del televisor.

Cuando la miseria se estaba quieta éramos felices y nos limitábamos a evaluarla puntualmente como una partida más en los Presupuestos Generales de Occidente. También hicieron buen trabajo Rigoberta Menchú y Teresa de Calcuta, como diosas de pueblo tembleteantes de oros y puntillas. Pero hoy ese hemisferio inmenso y sin historia llama en nuestra casa, en nuestro pecho, para pedimos trabajo, justicia, para que sepamos de una maldita vez que ellos existen, que existe la esclavitud, la trata de blancas y de negras, el sida de los niños y la persistencia inexplicable de los viejos.

No nos engañemos. La bella guerra fría, con pobres y ricos, con la miseria muy lejos, eso ya no volverá, porque el fantasma del hambre recorre el mundo y es pueril que estemos echando la cuenta en euros cuando ellos trafican en la sucia moneda de la esclavitud y el mestizaje. Con el milenio, por casualidad, empieza otra era. En España, no tenemos trabajo para ellos, pero nuestros braceros se van a vendimiarse a Francia. Somos la aristocracia de los pobres.

Nada de esto explica ni justifica la megalomanía de un loco que ha atacado a Nueva York. Pero los árabes hicieron la Alhambra hace unos cuantos siglos y aquí nunca hemos pensado en bombardearla. Quiere decirse que la miseria no debe comerse la cultura, porque eso no alimenta y, a la inversa, el Occidente culto deberá hacer justicia, pero también un poco de democracia y de caridad.

15 de septiembre, 2001

Las Torres Kio

Qué tío, este Luis María, cómo escribe, qué cabrón, qué manera de hacer bien lo mal hecho, de deshacerlo todo un poco, como pedía Ramón, para que no quede demasiado hecho. Lo que pasa es que, con esa prosa, a veces no le entienden y ahora ha tenido un pollo, Ansón me refiero, por lo de las Torres KIO, que ha equiparado a las Torres Gemelas de Nueva York a efectos catastróficos. Pero él ha contestado muy bien a sus objetares y yo voy a abundar.

Dice Ansón que basta con citar una cosa o persona para que esté más protegida, o sea la denuncia inversa. Esta paradoja es verdad, pero yo le añado otro argumento. Las Torres Gemelas vivían bajo el beneficio de un atributo que es la belleza. Lo que no ha dicho ningún corresponsal ni aficionado es que el Oriente codiciaba en ellas, más que el dinero del interior, la belleza exterior, la armonía peligrosa de su paridad y la línea como femenina de su esbeltez. Obra de un japonés, a fin de cuentas y para mayor paradoja. Nueva York lo asimila todo y así como asimiló a Gropius y La Bauhaus, también asimiló la gracia cañaveral del japonés convirtiendo en propia y característica una obra que en realidad era exótica, y ahora que faltan las torres es cuando mejor vemos su exotismo.

La guerra estética entre Oriente y Occidente viene, cuando menos, de la batalla Grecia/Persia. André Bretón lo glosaría siglos más tarde, devolviendo un estatuto de irracionalismo surrealista a la Persia dormida bajo los siglos: «Persia, siempre Persia; Grecia es el gran error».

Se refería Bretón a la pasión europea por la razón, que ya había quedado maltrecha en Descartes y sólo se recuperaría temporalmente en Kant y Hegel. Pues bien, las Torres KIO de Madrid no corren peligro porque son feas, y lo feo dura siempre como la fealdad de la solterona. Tienen, en su inclinación una vaga tendencia u homenaje a lo Oriental, pero la respuesta municipal se la da la Torre Picasso unos metros más abajo. Como decía yo ayer, aquí tenemos la Alhambra desde hace bastantes siglos y a nadie se le ha ocurrido bombardearla. La lucha estética Oriente/Occidente es una guerra sutil que se trenza en los siglos. La belleza, europea o asiática, se salva con frecuencia gracias a una misteriosa sensibilidad colectiva.

Pero he aquí que el señor ése tan millonario, y que seguramente tendrá un harem de torres, codiciaba la sinfonía manhatánica de cristal y acero. Se la han cargado no sólo por sentido de la revancha, sino por sentido de la belleza, como en una violación. Ansón ha sabido ver periódicamente nuestras Torres KIO y yo quisiera ver líricamente nuestras Torres Gemelas, ya para siempre en la memoria. Éste no es más que el penúltimo episodio de la guerra por una concepción del mundo frente a otra. Más que Dios importa su iglesia, su sinagoga, su catedral, su torre, porque las torres sí creen en Dios. Siempre habrá nuevos episodios en la dialéctica Grecia/Persia, tal como lo viera Bretón. Las Torres Gemelas eran un espacio blanco y exento para que en ellas hubiera dialogado Sócrates.

17 de septiembre, 2001

El líder

La palabra, de claro origen anglosajón, bien pudiera decirse que en Europa y Asia es una acuñación germánica a lo largo de todo el siglo xx. El líder no es el César ni el Supremo ni el Dios ni el Profeta ni el Presidente ni nada de eso. A lo que más se parece el líder es al manda. Creación característica del siglo xx, tomo digo, el modelo antimodelo de líder lo ha dado el siglo xx entre los siglos y lo ha dado Hitler entre los hombres.

Nada que ver con la acuñación original «leader», de pura ascendencia democrática. El líder del siglo xx, que tuvo muchos, fue un hombre que el tópico llamaría carismático, un particular, lo más particular posible, que llega por méritos propios y dudosos a la cumbre del Poder. Antes y después del citado Hitler, líderes fueron Mussolini, Franco y otros que todavía viven fanatizando a sus pueblos respectivos, pues la atmósfera del líder no es la política ni la religión ni la economía ni el poder. La atmósfera del líder es el enemigo. Necesita un enemigo para creerse y crecerse. Galvaniza a los suyos mediante la diabolización del enemigo, al que quizá nunca han visto. El líder, en fin, no es Winston Churchill sino Bin Laden.

El emperador se refería a sí mismo como fuente de toda virtud y poder, desde Julio César a Napoleón. El monarca toma su energía de la Historia y el líder, puro siglo xx, es el hombre de las multitudes que llega a hacerse con ellas. Bin Laden, aunque sea de buena familia, ha optado por la causa de su pueblo o de su raza para obtener una suerte de monarquía unipersonal que encuentra en los Estados Unidos no los defectos o fallos que encontramos todos, sino una maldad idiopática, esencial, intolerable. Hemos escrito más arriba que la atmósfera del líder es el enemigo. Pues bien, Bin Laden, que tanto desea aniquilar a los Estados Unidos, no podría vivir sin ellos. El otro venero o manantío del líder, su otra atmósfera mística y bélica, es naturalmente la raza. Cuanto más fanatiza su raza más se fanatiza a sí mismo y menos puede comprender a un país heterogéneo, como los Estados Unidos, donde cada uno es hijo de su padre y de su madre y donde la globalización es una realidad a la hora de la hamburguesa.

Y una última localización del líder: Empieza o acaba siempre en el búnker, en algún búnker. Bin Laden ya está en el suyo con los íntimos, la radio y tres esposas. Hitler se suicidó con su amante y con sus perros. A Mussolini le colgaron por los pies de una farola de Milán, también junto a su amante. Las amantes no suelen tener suerte ni aunque lo sean de un líder, qué le vamos a hacer. A Franco le desenchufó su yerno un 20 de noviembre para tapar la muerte de José Antonio, que también iba para líder. Líder es el que necesita una montaña como cuarto de estar y la montaña, claro, acaba devorándole. Bin Laden está viviendo su propio enterramiento porque los líderes no saben hacer otra cosa que un mausoleo o un pantano. Después de tantos pantanos, ahora toca un mausoleo. Bush y Occidente no tendrán ocasión de juzgarle sino de hacerle un buen entierro. Es lo menos.

18 de septiembre, 2001

Españoles en guerra

Los españoles vivimos en guerra permanente de rojos y azules, de sagastinos y canovistas, de flechas y pelayos. Esta bipolaridad ha cuajado bien en el columnismo y por eso casi todas las columnas tienen tanto éxito. La columna es el strip/tease político del periódico, aquella página donde los empresarios y editorialistas se desnudan de su mandilón de viejos redactores para aparecer en cueros vivos y vivas de jóvenes redactores. Por eso en cuanto se declara una guerra los nacionales tomamos parte, aunque la guerra sea en Afganistán. Ya anda gente por ahí con el afganistanismo puesto como un macferlan.

Ahora, la guerra sucia de Bush ya tiene detractores y partidarios en la izquierda y en la derecha, pero no así distribuidos, sino que hay de todo en cada bando.

La derechona de toda la vida está con la guerra porque es lo suyo y lo que vende armas. Pero luego hay también una izquierda de toda la vida que sueña con derrocar a los Estados Unidos y a José María Aznar mediante un mosquito venenoso que van a meter en las alcantarillas. Del otro lado, entre los enemigos de esta primera guerra del siglo hay partidarios de izquierdas que defienden a Bush sólo por la belleza de las torres que han caído, y partidarios de derechas que se van a ir a la guerra como supernumerarios de la OTAN porque les va la marcha y para la Legión ya están un poco rencos de alma y de cuerpo. Así es como van a volver las tertulias de los cafés. Aquellas tertulias donde yo me crié se calentaban con la guerra fría y nunca faltaba conversación.

Las tertulias se disiparon cuando cayó el Muro y he visto morir uno por uno a todos sus componentes, el último José García Nieto, que nunca quiso entrar en guerra con nadie y por eso los críticos decían que su poesía no tenía gancho. Aquí, si no andas a hostias con el personal es que no tienes gancho.

En plena decadencia del teatro, saturados de fútbol, estábamos empezando a aburrirnos sin un tema fuerte al que afiliarnos para, con ese motivo, insultar a todos nuestros amigos. Al café se iba a hablar de mujeres, pero ese tema también se pasó, puesto que ahora casi todas andan a la busca de alternativas y no tienes más que poner cara de alternativa. La última vez que conté un lígúe reciente en el café me llamaron antiguo y machista, pues ya ni el inolvidable Paco Rabal utilizaba ese tema de conversación.

Bush ha venido a aliviar nuestro tedio con la declaración de guerra a los turbanes en general, que es como cuando en verano les declaramos la guerra a los mosquitos en general. Cela lo cuenta muy bien en sus libros de memorias. Entraremos o no en la contienda, pero uno ya está chochona para matar talibanes, de modo que nos quedan los artículos, alternando la belleza vulnerada de las Torres Gemelas con la miseria deliberada del Tercer Mundo. Me temo que a los columnistas nos bajarán el sueldo porque la guerra te da el tema hecho todos los días, y hay que ver lo que era la caza del tema. A los pilotos suicidas les debemos la resurrección de un género literario y periodístico que estaba a punto de morir de éxito.

19 de septiembre, 2001

El fundamentalismo

El fundamentalismo tiene dos vectores: uno es la adhesión fija, duradera y cerrada a los libros sagrados o a cualquier cosa que se tome por tal. No sólo hay fundamentalistas del Corán o de la Biblia. Hitler era fundamentalista de Nietzsche, del Nietzsche que a él le interesaba. Yo he conocido fundamentalistas de las Rimas de Bécquer o de Gabriel y Galán. Pero no se puede ser hombre de un solo libro porque eso es malo para el hombre y sobre todo es malo para el libro.

El fundamentalismo, que suele polarizarse en torno a un libro, una religión o un personaje, no es un éxtasis de la cultura sino un éxtasis de la ignorancia. Para lo que sirve la cultura, entre otras cosas, es para disolver estos escollos o grumos de ignorancia que a veces se forman en una raza, una ciudad, una tribu, etc. El fundamentalismo es la forma extática del terrorismo, o más bien el terrorismo es la forma dinámica del fundamentalismo. La adhesión sostenida y dura a un solo núcleo de verdades o mentiras, de leyes o aleluyas, acaba criando callo en las conciencias. Cultura es dispersión, maleabilidad, sorpresa, novedad, tradición puesta al día y predisposición al error. Ahora hay unos cuantos países que no basan su persistencia en una economía, en una ideología abierta, en esa chamela que forma el pasado con la actualidad, sino que se aculatan en la tapia de un fundamentalismo más o menos histórico, pero que poco tiene de fundamental referido al mundo de hoy y sus exigencias, desde la técnica hasta la democracia. Porque no hay que confundir la miseria o la sumisión con la crudeza del fundamentalismo. Los pobres del Tercer Mundo viven a la deriva y no tienen tiempo de echar fundamento en nada. Son los intelectuales, los monjes, los clérigos traidores, los esclavistas millonarios quienes fomentan un fundamentalismo con más o menos raíz local para, en nombre de él, lanzar a las masas a morir contra las refinadas técnicas de Occidente.

El fundamentalismo es una amalgama de acertijos y petróleo que se ha vuelto belicosa levantando incluso las banderas de la pobreza, que debieran ser las suyas pero no lo son. Caídas, desaladas las dos grandes ideologías de la modernidad, liberalismo y comunismo, van cogiendo cuerpo y estatura los fundamentalismos como consecuencia de la desaparición del gran bloque soviético que los asumía, castigaba, integraba o diluía. Ahora van por libre.

Este pistón del fundamentalismo es lo que se está utilizando contra Occidente para bien y para mal. Ahora, nos molesta bastante, y con razón, que el señor Bush pueda erigirse en capitán de una cruzada contra el Tercer Mundo, pero el fundamentalismo no sabe dialogar, no quiere dialogar y prefiere volar unas torres a integrarse en la economía y la cultura de un tercer milenio que se va a salvar por la ciencia si no se pierde por la violencia dispersa de unos y otros. El fundamentalismo tiene que comprar armas a Occidente, pero le repugna menos una pistola que un libro de Bertrand Russell. El fundamentalismo es la Edad Media que vuelve, que nos cierra el paso y cree que un avión de pasajeros es una lanza contra el corazón de América.

20 de septiembre, 2001

Vivo o muerto

El señor Bush dijo que quería a Bin Laden como en el viejo Oeste, «vivo o muerto». Aquí pensamos que el árabe le sería más útil vivo, para hacerle una procesión de penitente por la Quinta Avenida y, aprovechando el mogollón, detener a una docenita de talibanes disfrazados de turistas escoceses suicidas o de repartidores italianos de pizzas a domicilio. En el juicio a Bin Laden pueden salir todos los trapos sucios del Oriente trapajoso, y también algunos trapos de listados Unidos haciendo juego con unas cuantas bragas de becarias amortizadas.

Después de todo el ritual de la Justicia y la Patria, todos nos sentiremos más americanos y más reivindicados en las magnitudes morales que han profanado los aviones suicidas. Al señor Laden se le mete en el corredor de la muerte y se le tiene 20 años esperando a decidir si fue el culpable máximo o no, para darle tiempo a escribir sus memorias en talibán. Luego hay que decidir también si al reo se le aplica inyección sutil o se le sienta en el tabanco eléctrico, que está necesitando un carpintero. Mientras tanto, la CIA y el FBI, más la prensa dura, nos informarán de que el verdadero culpable fue un pastor de cabras que andaba por aquel monte ensayando el escudo antimisiles con la honda de matar a otros pastores, y le dio a una palanca sin querer, que era la palanca de poner en acción los cuatro o cinco aviones que se fueron de compras a la Gran Manzana.

Con todo esto, tenemos para llenar los periódicos durante veinte años, de modo que a los periodistas tarretes se les jubila y a las chicas nuevas se les da una oportunidad. Cuando uno creía acabados sus recursos periodísticos y literarios, ocurre que el Gran Tema nos brinda artículos hasta el final, como Azorín y Ruano, que escribieron el último artículo por la mañana y se murieron por la tarde.

Los israelíes, que no dan puntada sin hilo, aprovecharán todo ese tiempo para seguir matando palestinos mientras Yasir Arafat, con quien tengo tomados mis téis árabes en Al-Mounia, aquí en Madrid, presentará reclamaciones diplomáticas para que al menos tengan eco en la prensa progre, como cuando Cuco Cerecedo era el legionario periodístico del mundo árabe.

La otra posibilidad, como hemos dicho al principio, es que Bush cobre a Laden ya muerto, lo cual sólo merecería un entierro en los muelles de Brooklyn entre futuros kamikazes que sueñan con estrellarse contra la Estatua de la Libertad, que es esa señora antigua y atropellada como la libertad misma. Nada de Laden vivo o muerto. Lo queremos vivo porque es el primer trofeo americano del tercer milenio y porque puede dar mucho juego en la televisión ahora que decaen Ally McBeal y Concha Velasco. Bush es el americano total, él solo llenaría un western y se merece cazar vivo al primer malo que se le enfrenta. Uno sólo es grande por contraste con su enemigo. Roosevelt tuvo a Hitler, Kennedy tuvo a Onassis, que le ponía cuernos con Jackie, Nixon tuvo su Watergate y Clinton tuvo su becaria. A Bush hay que otorgarle la piel antes de cazar el oso, porque eso va para largo

22 de septiembre, 2001

La violencia como arte

Me cuenta Pedro J. Ramírez que el gran Stockhausen, el músico, ha dicho que los dos aviones terroristas estrellándose contra las torres de Nueva York suponen la mayor obra de arte que pueda concebirse. Esperemos que un quinto o sexto avión no se estrelle contra la casita del artista. El arte vivido con esa intensidad es seriamente peligroso para la salud, como el tabaco.

La violencia como expresión artística está en todos los tiempos, desde el arquero de Altamira. Viniendo a lo nuestro, cuando Goya hace violencia es para condenarla, siquiera como justificación. El Guernica de Picasso está en la misma línea de exaltación condenatoria de la crueldad, pero Picasso es ya puro siglo XX (él fue el siglo XX) y en sus cuadros violentos hay ya como una ironía, un escepticismo, un conocimiento cansado de la maldad fundamental de este mundo. Aunque Stockhausen ha tenido muchos problemas con su declaración, nosotros nos atreveríamos a decir que en todo horror hay una belleza, una sublimación, un éxtasis, y a eso sin duda se refiere el músico. Se le pueden hacer muchas bromas fáciles a Stockhausen, pero lo cierto es que el planteamiento nos inquieta: el arte como violencia es más arte, por ejemplo, que el arte como caridad, como sentimentalismo, como devoción. Arte y violencia nacen de una misma raíz humana. Ya hemos recordado que lo primero que se pinta, lo primero para nosotros, es un cazador con sus flechas.

Crear es lo contrario de destruir, pero la destrucción (no la del señor Laden) puede ser la inseminación de algo nuevo. Así, en las pequeñas y continuas destrucciones del niño advertimos una lozanía creadora que tampoco tiene por qué dar un genio. Basta por sí misma como expresión de los orígenes.

El arte como destrucción (y no me refiero para nada a Nueva York ni suscribo a Stockhausen) no es más que la destrucción como arte. Esto tuvo su momento, que fueron las vanguardias. Marinetti comparó la belleza de un automóvil a toda velocidad con la Victoria de Samotracia. Los vanguardistas vivían y creaban fascinados por el cruce de guerra y tecnicismo que marcó aquel nuevo siglo. Los que tenían talento hicieron alguna cosa buena, como siempre pasa, y los demás desprestigiaron la escuela. Pero han quedado cuatro o cinco genios como Duchamp, Magritte, Chagall, Apollinaire, Bretón o el citado Picasso. No entiende uno muy bien por qué Stockhausen se apunta tardíamente a una escuela del siglo pasado ni tampoco creo que aspire a venderle un cuadro de la catástrofe al señor Laden, lo cual ya sería una justificación. Ahora las guerras ya no dan arte ni literatura, sino películas de Hollywood que cuando Corea mostraban la mezquindad del chinito, pero últimamente exhiben y critican el militarismo americano. Hollywood se ha vuelto crítico con América y por ahí va su arte, de modo que Stockhausen no va a vender una escoba, aunque sea atómica. El público consume, por patriotismo mejor entendido, el arte crítico, de Capote a John Updike, y esto resulta más rentable que las subvenciones gubernamentales al cine heroico. Porque los progres americanos además ganan dinero

24 de septiembre, 2001

Que nos fumigan

La guerra bacteriológica me parece que se inventó en el XIV, aquella Grand Guerre que casi todos hicieron con caretas antigás, como una cosa de Julio Verne. Los europeos utilizaron entonces las bacterias porque no se había descubierto la bomba atómica ni las siguientes. Hoy, cuando todo el mundo tiene armas nucleares, el Oriente Medio decide volver a los bichitos porque son más mortíferos, más baratos y más seguros que todos los arsenales de USA. Morir por la grandeza de Occidente estrellado bajo las Torres Gemelas todavía tiene cierta aureola, pero morir de un ántrax, que era un grano de juventud, es cosa que no admite ninguna belleza ni literatura. La guerra bacteriológica no es lo malo que nos mate; lo malo es que nos humilla.

Por aquí por el huerto viene todos los meses el tío de la fumigación. Manda cerrar las ventanas y las puertas y lo llena todo de una nube pestífera que mata el pulgón de algunos árboles y los caracoles de la lechuga. Bueno, pues esta guerra va a convertimos en ingenuos caracoles de lechuga, que sólo nos faltan los cuernos, o a lo mejor no. El señor Bush ha prohibido la venta de avionetas de fumigación, pero un príncipe oriental ya se ha llevado unas cuantas. Pacifista como es uno, preferiría una guerra grandiosa, con el cielo volando hacia todas las colisiones, mejor que esta guerra sucia de los bichos, las orugas mortales y los virus sinuosos.

Cuando ya teníamos ganada la paz una guerra sólo puede hacerse por la grandeza de Alá o la grandeza del señor Bush. Picasso hizo una gran obra de arte a partir de un bombardeo asesino. Pero no se resigna uno, repito, a la humillación, que es peor que la muerte, a verse convertido una mañana en un insecto letal, como Franz Kafka, al que luego barre su hermana con cierto asco, porque las hermanas son muy dañinas y siempre tienen un novio en el otro bando. El Tercer Milenio, para empezar con dignidad, estaba necesitando una deflagración universal, dada la longitud de los adversarios en juego y el enfrentamiento absoluto Oriente/Occidente, que viene desde Persia y se ha hecho ya insoportable. Pero cuando los belicistas, los grandes retóricos y los lectores de Clausewitz presagiaban las nuevas tormentas de acero de Jaspers, he aquí que no vamos a morir a un lado u otro del escudo antimisiles, sino que vamos a morir de una infección asquerosa, del pulgón que ataca siempre al árbol humano, de la bacteria y el virus que te meten en la cama como una vulgar gripe o como una vulgar puta, como si Fleming no hubiera inventado la penicilina y el farmacéutico no fuera más fuerte y eficaz que el toro de lidia.

No me duele la guerra, ya digo, porque soy pacifista y sé que la más ancha paz sólo viene a nosotros después de una guerra mundial. Lo que me duele es que ya no va a haber grandes héroes tetraplégicos, generales demediados y con la medalla sobre el corazón visible, ni sargentos que han leído a Hegel y por tanto creen en la guerra. Lo que va a haber, en cambio, son hospitales llenos de enfermitos que tosen y no acaban de expulsar el virus. Tendremos caretas antigás para todos, pero Oriente nos habrá humillado con esa muerte del Seguro.

26 de septiembre, 2001

Botín de guerra

La Tercera Guerra Mundial tiene que ocurrir no porque sea inevitable sino porque es conveniente para muchos. Así, los distintos movimientos árabes se potencian, se salvan del olvido secular en que los tenemos. Así, la Unión Europea, por la que todos trabajamos sin tener mucha confianza en ella, encuentra una disculpa para demorarse y devolver sus euros a la hucha, si preciso fuera. Asimismo, España y otros países de nivel medio tienen ocasión de apuntarse al bombardeo con toda justicia, lo cual siempre es una garantía de universalidad.

Incluso a Rusia le interesa acercarse a Estados Unidos, en plan gran potencia, desmintiendo para siempre aquella guerra fría que hubo de acabar con las energías y los nervios de la URSS. Y puede que hasta China le ofrezca al señor Bush algún tipo de colaboración, pues China va de gran potencia y está estrenando las últimas armas americanas. Todos necesitamos un enemigo, o sea, y el señor Laden nos lo proporciona metiendo en la trampa a una docena de talibanes suicidas que gustan de ir de compras a Manhattan.

¿Y los propios Estados Unidos? Después de una ráfaga de presidentes kennedyanos América añora, en un cincuenta por ciento, al hombre que hacía susurrar a los caballos atómicos, como cuando Reagan cogió su fusil. Europa se convertía en gran potencia paso a paso y el mundo árabe amenaza con las armas que ellos mismos les venden.

La guerra mundial se está demorando porque estamos desentrenados, pero es inevitable porque, como vemos, todos la necesitan. No es verdad que después de una guerra venga la paz de los siglos, sino que los períodos de paz suelen ocultar la gestación callada y eficaz de una nueva guerra.

No le gusta a uno que los aviones entren sin llamar en los apartamentos de Manhattan, no le gusta a uno que los niños árabes que nacen tengan por cuna la ametralladora, pero cuando la guerra se presenta como inevitable para unos y otros, nadie resiste a la tentación de volver a empezar el mundo desde el caos. Digamos sinceramente que va a haber guerra muy pronto, o la hay ya, porque los grandes depredadores están en celo y los orientales siempre han sido muy sensibles para dar al enemigo por retambufa. Los historiadores del futuro explicarán esta guerra como quieran o puedan, pero nosotros hemos asistido a su origen y sabemos que la guerra era desgraciadamente necesaria para unos cuantos señores importantes. Se hace una gran guerra por economía, no por ideología. Las ideologías las ponen después quienes viven de teorizar estas cosas. Vemos con grata perplejidad cómo desde la izquierda y desde la derecha se justifica el asunto. Vemos, incluso, cómo nacen izquierdas y derechas para ponerle el fondo orfeónico e ideológico a la gran barbaridad mundial.

Siempre ha sido así. Se produce una guerra cuando hay, por lo menos, dos socios interesados y enfrentados que la desean o la necesitan. Ahora hay muchos más. Para hablar de la guerra se usa mucho la palabra «paz». Ahora la estamos utilizando más que en un villancico.

27 de septiembre, 2001

Un presidente country

Los americanos esperaban una respuesta flamígera del presidente Bush, un éxtasis de americanismo y Seven Seas. Es la costumbre. Pero he aquí que Bush, bien asesorado por sí mismo, prefiere la caza del hombre, como en su viejo Oeste, y el árbol del ahorcado. Más que hacer la gran guerra le interesa enjaular a Bin Laden. Era de esperar, porque tenemos un presidente country.

El estilo Truman preparaba la paz para otra guerra. Pero la política de western ha consistido siempre, como sabemos por Gary Cooper, no en arrasar una nidada de pieles rojas, sino en buscar pacientemente al mestizo que robó el caballo, mostrárselo a la multitud y luego, bajo el beneficio del juez Lynch, colgarle por el cuello hasta que muera. En estas pesquisas educadas y minuciosas invertía Gary Cooper toda la película. Bush, de acuerdo con su retrato robot, ha optado por el estilo country o sea rural, o sea ecuestre, o sea provinciano, que diríamos aquí. Me extraña que alguien no le haya hecho ya una balada vaquera. Quiere exhibir a Laden en Nueva York, rodeado de cáñamo por todas partes, como si Nueva York fuese Kansas City. Dicen y decimos que Bush está finamente aconsejado por sutiles expertos y que se teme el levantamiento de todo el mundo árabe con sus avionetas de fumigar, pero en realidad, de lo que se trata es de que Bush está realizando un modelo que lleva muy interiorizado, el modelo del vaquero solitario que persigue a un pistolero interrogando a las montañas, al viejo de la cabaña y a la Policía Montada del Canadá, si pasa por allí.

El señor Bush se ha tomado lo de las Torres como un asunto personal y, contra los árabes del terrorismo ya tiene él a los árabes del Golfo, buenos clientes y proveedores de los Estados Unidos. Más que una delgada conjura oriental/occidental para acabar con el terrorismo y hacer la guerra sin hacerla, ve uno aquí a un presidente que está haciendo su trabajo a su manera. Lo que pasa es que no le conocíamos.

El estilo guerrero de los Estados Unidos ha sido siempre la respuesta rápida y abrumadora. Bush, como su padre, parecía un hombre muy en esa tradición, pero, si hilamos más fino, comprenderemos que le rige una tradición aún más profunda, personal y antigua: la caza del hombre por el hombre, que es la verdadera épica de los Estados Unidos. El cine nos ha emborronado la mente con el apocalipsis Fort Apache y la carga del Séptimo de Caballería, mas la verdad psicológica del western y del thriller está en la estética de lo personal, del héroe solitario, que es de donde nacen Humphrey Bogart y el citado Cooper. Los americanos aprendieron de los cherokees a rastrear pistas individuales, pisadas de mocasines, aunque los mocasines sean de Armani, como probablemente ocurre en el caso de Bin Laden.

Todavía pueden venir las tormentas de acero. Todavía puede sonar «Barras y Estrellas», poniendo en el cielo una temperatura de Imperio. Todo eso es lo que aún esperan los americanos, y especialmente los yanquis, pero Bush, entre las dos tradiciones, parece haber optado por la del llanero solitario. No diremos cuál es mejor o peor; sólo diremos que la peli de aventis está transcurriendo ante nosotros y no nos enteramos.

1 de octubre, 2001

Justicia infinita, etc.

Mientras los talibanes fumigan la soda de los yanquis el señor Bush sigue jugando con sus eslóganes. Primero se le ocurrió eso de «Justicia infinita», que suena a paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Ahora se le ha ocurrido otra cosa y tampoco ataca.

Lo de justicia infinita encerraba una contradicción, pues que la justicia es por sí misma un límite que rechaza lo infinito, una manera de poner coto legal a las infinitudes de lo ilegal. Por otra parte, y bajo una apariencia pacífica, la justicia infinita sugería una belicosidad sin límites en el tiempo y en el espacio. Un buen eslogan para el imperio USA, o sea. «Libertad duradera» supone una rebaja considerable respecto de lo anterior. El hombre que soñaba con la justicia infinita en los Seven Seas, se levanta una mañana, hace ejercicio de humildad, aún en pijama, y le parece más democrático libertad duradera. Lo cierto es que la gente sólo suele aspirar a una libertad duradera. Cuando alguno se sale de eso es que se sale de madre. Como el otro día Barrionuevo haciendo chistes con sus calcetines sucios y a costa del señor fiscal. Barrionuevo, sin duda, después de la libertad infinita que tuvo como ministro, aspira a la justicia infinita porque no quiere pintar más picassos ni más guernicas en el patio de una cárcel, mientras sus colegas de la guerra bacteriológica del GAL andan por ahí del brazo y por la calle.

La libertad duradera es una aspiración más razonable, más democrática, es la democracia misma. El señor Bush, cuando se le pasan con una aspirina las tormentas de acero por la cabeza, vuelve a su ser televisivo y deja las cosas en libertad duradera, que es lo único no desmedido que podemos encontrar en América. El señor Barrionuevo, que no está educado en la democracia, sino en el fascismo, sigue pidiendo para él una justicia infinita por encima del cielo y de la tierra. Lleva ya la cárcel dentro, como todo el que ha estado en ella, y no permite que los fiscales le ladren. Cuando le suelten la bola de preso, que es el complejo que arrastra, huirá hacia la justicia infinita, pues la justicia de los hombres le parece injusta y de derechas.

Cuando el presidente Bush hablaba de justicia infinita sólo se produjeron algunas detenciones de talibanes ilustrados que andaban por Palo Alto haciendo su carrera de progres. Ahora que Bush habla de libertad duradera es cuando América vuelve a estar en su punto. Aquel país encontró su mejor herramienta y su mejor arma en la libertad, y así hizo la democracia, pero de vez en cuando les entran veleidades de justicia infinita y es el momento en que los marines se atan los machos y una portentosa eyaculación de misiles nubla el día nublado. Barrionuevo tendría que aprender la lección de Bush dejando las cosas en el equilibrio democrático de la libertad duradera. El que va de campeón de la justicia infinita, en plan de único, acaba fumigado de balas en su búnker, que es lo que le va a pasar a Bin Laden, un hitleriano místico que no se apea de la justicia infinita. Infinita y suya, pero por poco tiempo si Estados Unidos ataca y Barrionuevo echa una mano.

3 de octubre, 2001

Europas

El enfrentamiento de Oriente a Occidente se remonta a mucho antes de tales conceptos, o más bien a los múltiples libros sagrados que acumuló la antigüedad remota. La Biblia y el Corán son dos de ellos. El Evangelio de Cristo pudiera ser la síntesis de ambos, salvando diferencias de tiempo y espacio. Es la eterna querrela Grecia/Persia, que ya hemos glosado aquí alguna vez. La Biblia es un libro numeroso que ha generado varias religiones e infinitos dogmas; el Corán, muy posterior, genera una singular cultura, la árabe, que fue brillante y fecunda mientras se trenzó de modo sutil con Europa. El Corán, reducido a sí mismo, genera el fundamentalismo, generación o degeneración que queda ya muy lejos de Averroes.

Por Averroes se infiltra Grecia en Arabia a través de Platón. La verdadera Atlántida que soñó Platón no es sino Europa, que toma cuerpo y estilo equidistante del beneficio de Cristo y el beneficio o maleficio de Alá. Aquí empieza la desigualdad y ventaja de Europa sobre el mundo conocido y el rencor sagrado de la cultura oriental más cercana, la árabe, contra la progresión material e intelectual, contra el señorío europeo, y ese rencor, que movió la quijada de Caín, mueve todavía los aviones suicidas del señor Laden. No estamos, pues, ante una guerra como la del Golfo, y muchos se equivocan haciendo tal comparación. Estamos ante el penúltimo estertor medieval de un mundo que se niega a aceptar Europa, con su prolongación americana.

Europa, para ellos, es una apostasía. Ahora persiguen a George Bush como hace pocos años perseguían a Salman Rushdie. Nuestra explicación a estas cosas suele ser económica, pero en este caso admitamos que la causación religiosa tiene un especial dinamismo. Claro que los grandes jeques de Alá mueven a las masas económicamente gracias al contexto fundamentalista. Hay aquí un fanatismo sabiamente utilizado. En contrapartida el fanatismo de Europa por sí misma es mucho más autocrítico y los intereses económicos de Estados Unidos mueven la idea de democracia con igual eficacia que los otros. El progreso es una apostasía para los pueblos de un único libro, el Corán. A Occidente le han salvado los libros del fanatismo del Libro. Es la eficacia callada de la cultura, mientras los otros se quedaban en ese no/pensamiento que es la religión. Así las cosas, hay todavía una última diferencia que es la diferencia estética. El mundo se ha fascinado con las Torres Gemelas porque eran el monumento del presente a sí mismo. La Alhambra es sólo un monumento del pasado, una hermosa capitular para seguir escribiendo la Historia de España. La estética ha venido a romper definitivamente contra el fatalismo oriental. La estética occidental, desde el Escorial a las Torres Gemelas, expresa la eficacia del hombre. La estética oriental, La Meca, sólo expresa la eficacia de Dios. Por estas cosas y no por otras se hace una guerra. El vasto Oriente nos odia por los rascacielos y la penicilina. Nosotros, mientras tanto, hacemos ejercicios diarios de comprensión para integrar en nuestra cultura y nuestro corazón a judíos, moros y cristianos.

9 de octubre, 2001

La guerra invisible

Antes las guerras se hacían para la Historia y ahora se hacen para la televisión. Por eso lo que están haciendo los yanquis y los talibanes nos parece una estafa, un cachondeíto fino. Se trata, o sea, de una guerra invisible. Al principio sólo salían las Torres Gemelas hasta la mitad, con minifalda de humo, que los americanos también son un poco talibanes en eso de mostrar sus propias miserias o las que les han infligido. El resto tenían que llenarlo unas locutoras locuaces y desinformadas a base de repetir lo que habían dado en el primer informativo, en el segundo y en el tercero. Retrocediendo en la Historia, estaban a punto de llegar a la guerra de Cuba. Menos mal que el señor Bush se decidió a tiempo y volvió a haber algunas imágenes con que llenar el rectángulo aburrido de la tele. Yo creo que nos están explotando.

Ésta es una guerra invisible porque la hace un Pentágono invisible contra el militar invisible que asesora a Bin Laden y porque Afganistán es un país invisible donde Alá sólo se personaliza en la luna menguante y donde las ruinas de antiguos bombardeos reciben las ruinas calientes de los bombardeos actuales. Sólo el pase de modelos aeronáuticos que están haciendo las televisiones, a falta de otra cosa, ilustra un poco la pantalla, habitualmente populosa de informadores que no tienen nada que informar y de corresponsales que no tienen nada que corresponsalizar. El señor Laden está invisible, está reunido con Alá, está escondido en una cueva con peluquería para la barba y maquillaje para la televisión. Ésta, ya digo, es una guerra invisible con la pantalla vacía y los campos de batalla numerosos de piedras, cantos, ladrillos viejos, mierda milenaria y otras armas retroalimentadas para tirárselas a los bombarderos cuando pasan más altos que la noche.

Lo malo no es que unos y otros estén haciendo una guerra injusta —todas lo son—, sino que están haciendo una guerra invisible cuando lo que necesitábamos eran muchas imágenes para vender papel, para vender presentadoras, para vender ideología y no verborrea. Hemos llegado al máximo de la cultura visual cuando no hay nada que ver. Ahora las guerras van a ser así: guerra de corresponsales que se disputan la noticia que no hay. Esta invisibilidad proviene de la invisibilidad de los objetivos: no hay enemigo, no hay país, no hay objetivos, no hay doctrina, no hay un duro. Los talibanes están haciendo una Guerra Santa que no vemos por ninguna parte, y los americanos están haciendo una guerra de espías y diplomáticos que queda muy aburrida en la pantalla. El señor Bush no es telegénico.

Antes, las guerras santas tenían más sangre, más fuego, más Dios y más víctimas. Si van a matar a los talibanes de uno en uno, para eso sobran los acorazados, los aviones murciélagos y el tomahawk, nombre de arma piel roja que nos devuelve a los tebeos adolescentes y a Búffalo Bill. Búffalo Bill sí que sabía matar talibanes, sioux, cherokees y cualquier cosa que se desplazase hacia el Lejano Oeste. Se ve que estamos todos desentrenados, entumecidos por una paz que viene del siglo pasado, y ya no sabemos hacer guerras marchosas como las que hacía Hollywood. Esta guerra es invisible porque no es una guerra ni lo será hasta que los españoles nos presentemos allí con la Legión. Arriba España.

10 de octubre, 2001

Los dobles

Todo dictador tiene dobles. Los dictadores, que son unos niños, se divierten mucho con el juego de los dobles. Franco tenía un doble con Parkinson y otro sin Parkinson. Al del Parkinson, que era el que mejor se movía, le mandaba a saludar a la Plaza de Oriente. Al otro le tenía para los recados. Incluso se han hecho películas sobre eso. Ahora nos cuentan que Ben Laden tiene dobles. Uno aparece por Egipto, otro por Cisjordania y otro por la televisión de Afganistán, que es una especie de «Tómbola», pero a garrotazo vivo. Así, cuando Bush capture a Laden, nunca sabrá si es él o es un doble o un doble del doble. Dicen que esta guerra va a durar mucho y ahora lo comprendemos. Hasta que Bush no haya capturado a todos los Laden no podrá estar seguro de que entre ellos se encuentra el verdadero.

El otro día vimos a Laden por la tele árabe y resulta que va de Jesucristo. La tradición de los profetas es muy antigua en el Oriente, desde Isaías a Laden, pasando por San Juan Bautista y el propio Cristo. Laden, sin renunciar a su fundamentalismo, ha elegido el modelo de Cristo para sus telediarios. En Europa hay que ser demócrata y en Oriente hay que ser profeta para hacer carrera. Claro que el Cristo birrioso de la tele a lo mejor era el doble cristiano, o el doble de Cristo. Laden es un profeta oriental y antiguo que no quiere irse al desierto, ese desierto atestado de anacoretas que nos describía Flaubert. Prefiere estar en su cueva, bajo muchos metros de montaña que no son sino la réplica envidiosa de la naturaleza a las Torres Gemelas.

La única respuesta a la caída de las torres sería estrellar un avión de fumigar, lleno de talibanes, contra la gran montaña que sirve de pasamontañas al dictador, al tirano, al hombre más rico de la pobreza mundial.

El juego de los dobles es otra maña que le sirve a Laden para contrarrestar el poderío americano. Así como Alá le ha concedido varias mujeres, su asesor le ha concedido varios dobles, y no sólo para que atiendan a esas mujeres sino que ahora Laden tiene tantas almas como dobles, pues cada doble oriental viene ya de fábrica con su alma garantizada por cinco años, como la olla exprés. Rilke vagaba de palacio en palacio. Céline se arrastraba de castillo en castillo. Laden, lírico como Rilke, fascista como Céline, se desliza de alma en alma, de doble en doble, de mujer en mujer, y sus esposas nunca saben si están yaciendo y yogando con el señorito o con un mandado.

Estos juegos con el alma y el cuerpo sólo sabe hacerlos el Lejano Oriente. Bush, que sólo es un político realista, tiene una única esposa con la que no se sabe si yace o yoga, pero si empezamos a meter mujeres en la movida esta guerra sí que no se va a acabar nunca. El doble de Hitler lo hacía mejor que Hitler y hubo que gasearle. El doble de Franco quedaba muy bien porque tenía un Parkinson de verdad. El que no tenía nada era el Generalísimo, pues a Franco no le partía un rayo. Los dobles de Laden van a hacer imposible la captura de éste e interminable una guerra que además es invisible. Las hacendosas yanquis siguen empaquetando mantequilla de cacahuets para los obscenos y patrióticos talibanes

11 de octubre, 2001

Tony el simpático

Marilyn Monroe se iba a Vietnam a volcar su erotismo ante los soldados para ganar la guerra. A Tony Blair no le veo yo el erotismo, pero sí que es más suelto de cintura que el macizo Bush, y también se ha ido a la guerra para volcar en ella su simpatía, su diplomacia y su ambición.

Porque Tony Blair está haciendo patriotismo, está haciendo occidentalismo, está haciendo belicismo, pero lo que está haciendo, sobre todo, es ganarse las próximas elecciones. De modo que el Imperio, ahora, tiene dos cabezas. La cabeza de hierro de Bush y la cabeza de dandy socialista de Blair. Bush habla el inglés como un tejano y Blair lo habla como un londinense en su club selecto para pedir el whisky. Esta dualidad nos da una idea aproximada de lo completo y cerrado que es el tándem Estados Unidos/Gran Bretaña. Bush es más fuerte y menos diplomático. Blair es más exquisito y más elocuente. El señor Bush nos hace unos discursos donde pesa la obviedad y la razón, unos párrafos amachambrados y espaciados como las traviesas de un raíl. Blair discurre todo seguido, no se interrumpe nunca, no deja huecos, no usa traviesas y sonríe siempre, frente a la rigidez autoritaria del presidente americano. El águila del imperio es en realidad un águila de dos cabezas. Cuando América tenía a Roosevelt Inglaterra tenía a Churchill. El primero era patriarcal, paternal y suasorio. El segundo era autoritario, irónico y demoledor.

Siempre hay uno que vende esperanza y otro que vende sangre, sudor y lágrimas. La pareja no puede fallar. El binomio es tan perfecto como el de Newton. Para que se vea que los aliados, por así decirlo, no sólo utilizan sus portaaviones y sus tomahawks, sino ante todo sus plurales inteligencias, que la inteligencia es el gran tomahawk de Occidente.

A propósito de la palabra aliados, que acabamos de utilizar, hay que decir que a unos y otros les gusta ir algo así como de invitados de honor a una guerra académica. Sus guerras anticomunistas y fanáticas las hacen por su cuenta los americanos, pero las guerras de la sucia Europa son unas guerras a las que sólo se acercan, del brazo de los ingleses, para dar unos cuantos golpes magistrales y sonrientes, como el que se come la reina del ajedrez pidiendo perdón. Todo esto es lo que está haciendo Tony Blair, el hombre que vende simpatía en sonrisas como los americanos venden caridad en paquetitos de azúcar que tiran desde el aire.

Los ingleses advierten que sus parientes americanos son un poco bastos incluso para hacer el bien, y van sembrando el mundo de daños colaterales. Por eso tienen siempre un Tony Blair para la buena educación y la sonrisa. El Tony Blair del siglo pasado fue míster Edén, con su monóculo, su bigotito y su falda de plátanos. Míster Edén iba detrás de Churchill soplando el humo del cigarrote de su jefe y pidiendo perdón por tener un político tan genial. Tony Blair resume así la manera inglesa de ganar una guerra, y si no tiene más aviones que Bush, en cambio tiene más sonrisas. Occidente pierde o gana pero no pierde las maneras. Occidente es un estilo

12 de octubre, 2001

El ántrax

Yo tenía un vecino, cuando entonces, que era joven como yo, pero con algunos años más. Ya se sabe que la adolescencia y la juventud son granujentas, pero es que mi vecino, moreno él, tenía un ántrax. Yo le espiaba por las galerías de los patios interiores sólo por eso, porque era mayor, y por lo del ántrax. Se lo trataba especialmente los domingos por la mañana, al sol de la galería. Apretaba, punzaba, sangraba, limpiaba, sufría, gozaba y se miraba aquel pedazo de grano mediante un juego de espejos en el que entraban su espejo de cartera y la polvera de su madre. Pero no se murió porque la gente, los que habíamos pasado una guerra, no nos moríamos de ántrax.

Ahora el ántrax es un arma secreta, un secreto de guerra, un bicho poderoso que van a enfrentar a las bombas en racimo y a los aviones murciélago. Si seguimos retrocediendo en el arte de la guerra llegaremos a la honda de David y la quijada de Caín. Cuando entonces, como digo, había mucha gente con ántrax, y yo envidiaba a los chicos que lucían esa condecoración pútrida, esa medalla de pus en el cuello, porque aquello era signo de virilidad y de mayoría de edad. Para los pobres, además, resultaba una manera barata y amena de pasar el domingo, una coartada ante mamá para no ir a misa y un desfogue del natural masoquismo de los españoles en todos los tiempos, masoquismo que nos lleva a montar bonitas guerras civiles con hermosos funerales.

El ántrax era, ya digo, enfermedad juvenil, y ahora a la joven América le ha salido un ántrax en el esbelto cuello de las Torres Gemelas. El Tercer Mundo ha descubierto genialmente que su mejor arma es su miseria, que sus mejores escuadrones son sus bacilos. La guerra bacteriológica se la planteaba el otro día Carlos Dávila, en una conversación, a un almirante de la Armada: «En Barcelona se han agotado las caretas antigás». «Habría pocas», dijo el almirante. Para que luego digan que el Ejército, ese coloso triste, no tiene sentido del humor.

En esto del ántrax se evidencia que no estamos viviendo una guerra entre potencias, entre ideologías, entre armamentos, sino una guerra entre siglos. El siglo XIII se ha levantado con sus palos y piedras, con sus odios y dioses, contra el siglo XXI, que lucha por la democratización del bienestar o por el bienestar de la democratización. Es una guerra incoherente porque siete u ocho siglos separan a los contendientes y esto sólo lo entendería mi vecino el del ántrax, que vivió toda la adolescencia sin recurrir a un médico, ni a un mal veterinario, sino curándose por sí mismo, dominicalmente, cuando no tenía que ir a clase, aquel grano volcánico. Pero entonces casi nadie se moría de ántrax. La guerra había hecho duros a los españoles. Hoy la gente se muere de cualquier cosa, o se mata o contrae matrimonio de hecho. Si los talibanes triunfan con su arma/ántrax será porque los occidentales estamos muy reblandecidos por el confort, el lujo, la ludopatía y la democracia, que nunca viene sola ni trae nada bueno. Lo cual que mi vecino el del ántrax no se murió nunca, que yo sepa, y mientras se curaba aquel granazo, los domingos, silbaba «Ay Jalisco no te rajes» con muy buen oído.

13 de octubre, 201

Religión y Cultura

Estamos ante una guerra atípica. Las guerras del siglo XX ocurrían dentro de una misma religión o una misma cultura. Hitler también era Europa, mal que nos pese. A Ben Laden no le entendemos como no entendemos a Mahoma.

Una religión medieval se ha levantado contra la cultura occidental. Toda religión es un estadio anterior de la Humanidad. Eramos religiosos cuando no podíamos ser otra cosa. Luego, con la cultura y la ciencia nos hemos vuelto laicos. Las religiones fueron una especie de saber poético, muy válidas cuando no se sabía nada. La religión, cualquier religión, se rige y nos rige mediante la leyenda. La cultura y la ciencia apelan a la realidad del hombre y a la naturalidad de la naturaleza. Éste es el desafío occidental a los siglos religiosos.

El desafío que suponían las Torres Gemelas no era sólo un desafío económico, como se ha dicho, sino ante todo un desafío cultural, un alarde de racionalidad. Esto, quizá, es lo que no podían soportar quienes divisaban esas torres desde una montaña de piedra, torre asimismo, pero torre de Dios. Con Newton y Descartes Occidente rompe para siempre sus confusos lazos con la religión como explicación de la vida. Occidente echa a andar y así llega a forjar el desafío revolucionario de París y el desafío porvenirista de Nueva York.

Pero no todo son guerras santas. Tanto la religión como la cultura o la filosofía han sido gestionadas siempre por los grandes jeques de Dios o del dinero. Y el dinero es la expresión beligerante de esa rivalidad entre los siglos antiguos, que insisten, y los siglos actuales, que progresan. Las Torres no eran sólo un desafío al siglo XIII, sino también un desafío a los tesoros de Oriente y el petróleo pérsico, todo ello tutelado de alguna forma por el imperio económico de América. Asia y sus arrabales han intentado repetidamente liberarse del patronazgo americano. La revolución soviética, más que una revolución contra los zares lo fue contra los anglosajones dueños de la electricidad. Lenin lo explica: «El comunismo son los koljoses más la electricidad».

Este profundo tajo es lo que mejor explica la Historia, porque la Historia viene avanzando de revolución en revolución, mientras que Asia hace revoluciones inversas, hacia el pasado, entendiendo el tiempo como el paraíso de los profetas y no como el espacio por el que el hombre ha llegado desde el mono a las Torres Gemelas. Claro que nadie tiene muy seguro cuál es el mejor y verdadero asentamiento del ser entre las cosas y del hombre en la Historia. En puridad, Oriente busca lo eterno en el pasado y Occidente en lo venidero, desde Marx al capitalismo.

Como hemos dicho, la expresión beligerante y realísima de todo eso es el dinero en cualquiera de sus representaciones, desde la animal a la bancaria ¿dónde está el dinero y quién lo tiene? Ben Laden ha respondido al desafío capitalista de Nueva York. Derribando las Torres creyó parar la Historia. Y he aquí el supremo fin de todos los misticismos orientales: detener la Historia, esa imaginación del diablo; parar el tiempo, esa torrentera que ellos imaginan como un lago. Quizá tenga usted razón, pero a favor del tiempo se corre más y se llega antes, señor Laden.

16 de octubre, 2001

Las moscas

Unos lanzan aviones ultrasónicos y los otros lanzan moscas. Esto es una guerra de humor surrealista. Hay polvos que proceden de una mosca y hay polvos que proceden de una bacteria. Las grandes potencias se habían preparado para el asalto de los pueblos orientales, superándolos siempre en la coraza nuclear. Mas he aquí que los pueblos orientales, con una ironía oblicua, no atacan por arriba, salvo el efecto cinematográfico de los aviones, sino que atacan por abajo y nos van a comer por los pies.

La eficacia y celeridad de la guerra bacteriológica viene a recordarnos que la madre naturaleza no es buena, no nos ama, no nos protege, como hubiera querido Rousseau, sino que es una madrastra que nos maltrata en cuanto salimos al campo o nos adentramos en el minutísimo mundo de los organismos y sus venenos. La naranja es saludable, pero estimula el ácido úrico. El que el poeta la cante como fruto de oro no disminuye el peligro de la naranja. Suponemos o nos han dicho que este planeta le era propicio al hombre y que el hombre lo ha domesticado hasta convertirlo en un paraíso. Pero aquí, fuera de Miami, los paraísos están llenos de moscas, las moscas llenas de veneno y el veneno lleno de muertos. Nunca podremos ser felices en este planeta que elegimos equivocadamente para nacer. A ver si la NASA nos va trasladando a todos a Marte o la Luna y allí empezamos una vida sin Ben Laden, sin el señor Bush y sin el euro.

Todo esto lo saben mejor los asiáticos que nosotros. La ventaja de Asia es que ha vivido siempre sin despegarse de la naturaleza y donde nosotros vemos una mosca ellos ven un talibán. Y lo utilizan. La sabiduría de Asia es la sabiduría de los orígenes, que ahora se enfrenta a la filosofía de los finales, típicamente occidental.

El regreso a una guerra bacteriológica quiere decir que nuestro invento estaba hecho para 2000 años y que en el 3000 han empezado a derruirse las torres más altas y las ciudades más hermosas. El Tercer Mundo será ya el último, pues allá en el cielo han colisionado Alá y Dios Padre. En esos espacios tan inmensos no caben dos hombres que se enriquecen a diario con la plegaria de sus fieles, a la par que ellos enriquecen a los jeques de Wall Street y a los gangsters del desierto. André Gide escribió uno de sus más hermosos libros, *Los alimentos terrestres*, viajando por África con un ángel lírico, Natanael. Allá a principios del siglo anterior, cuando escribía Gide, los alimentos terrestres realmente alimentaban al hombre y al poeta. Había como una fe absoluta en la tierra, el hombre se sintió más terrestre que nunca y otro poeta, Pablo Neruda, hizo su Residencia en la tierra. Lo que le dio brío al siglo xx fue esta confianza en la tierra madre. Confianza que hoy hemos perdido y nos deja a merced de los sabios exóticos que entienden de moscas y de ídolos. La mayor devastación que anuncia la guerra actual es la devastación interior de cada hombre, su ruptura con una tierra que tenía temperatura de cuerpo y amistad de madre. Esto es lo que nos han traído orientales y asiáticos con su despertar de las fuerzas negras e invisibles de la naturaleza. Aunque ganemos esta guerra, ya la tenemos perdida. No quedan alimentos terrestres y los que quedan son transgénicos o envenenados. Gracias a Dios Gide no vivió para verlo.

20 de octubre, 2001

Los apocalípticos

Toda guerra del calibre de la presente genera en el mundo entero grupos de opinión, sectores clarividentes que no aciertan nunca. Algo así como la peña Joselito en catastrófico. En España, concretamente, en seguida nos dividimos en aliadófilos y germanófilos, o en yanquis y talibanes, en orientalistas y occidentalistas, en madridistas y atléticos. Ahora tenemos la inmensa minoría de los apocalípticos.

No vienen de Umberto Eco, no vienen de ninguna parte sino de sí mismos, no han hecho un análisis fino de la Historia sino que toman la Historia al peso, la cuentan y la miden a bulto y hasta puede que tengan razón. Frente a quienes piensan que todas las guerras son iguales, que ya hemos vivido muchas sin salir del café, los apocalípticos ven eso, un Apocalipsis en cada guerra o querella que se líe. La otra tarde me lo decía un apocalíptico de pajarita en un cóctel:

—Verá usted, Umbral, muy pronto los rusos y los chinos traicionarán a Estados Unidos, el mundo árabe se levantará como un solo talibán, Japón se sumará a la traición, Europa abrirá el paraguas sin querer saber nada y esto será el Apocalipsis. Los yanquis y los judíos se quedarán solos en la guerra final, en la derrota cósmica, en el triunfo de los asiáticos y las moscas. Esto se ha terminado, créame, así que venga otro whisky y vamos a brindar por París. Siempre nos quedará París.

Así son los apocalípticos y profetas de esta guerra. Gente de poca memoria o glorioso pesimismo que en cada guerra ven el final de la Historia sin acordarse de las anteriores. Pero las guerras siguen, efectivamente, para traer la paz y durante la paz, generosamente larga, se prepara otra guerra igual que las anteriores y en nombre de la paz.

El apocalíptico, siendo un tipo universal, es también un personaje muy español. Le gusta exagerar las cosas y ponerse en lo último. Maneja las grandes magnitudes —Asia, África, el mundo árabe— como si estuviera repartiendo cartas en la baraja y lo tiene todo muy claro. Explica la guerra mejor que Clausewitz y explica la paz mejor que Gandhi. Generalmente, el apocalíptico no ha leído el Apocalipsis ni asusta a nadie, salvo a los más desinformados. Es impermeable a la sabiduría de las experiencias y no sabe que las guerras son los volcanes de la Historia. De vez en cuando sueltan un poco de fuego y destrucción, y, cuando creen que ya han cumplido, apagan la bombilla hasta la próxima. Que somos una humanidad volcánica, o sea, porque la violencia está en el hombre y en la citada mosca y porque hay que vender periódicos. Pero envidia al apocalíptico cuando veo lo que disfruta haciendo colisionar las masas humanas y geográficas del planeta. En el caso actual, no es probable que China le dé la razón a Ben Laden, un capitalista a la americana disfrazado de barba. Rusia, por su parte, está en pleno período de occidentalización y lo que quiere es cambiar los rublos por euros. El mundo árabe tiene a Israel mordiéndole los zancajos y los huevos. Ésa es su lucha. Pero nada de esto vale explicárselo al apocalíptico, que se ha tomado su whisky, ha dejado el Universo hecho una braga y se pega una puerta con un taconeo muy español

22 de octubre, 2001

Steiner

Entre las muchas cosas que ha dicho Steiner en Oviedo, al recibir el premio Príncipe de Asturias, todas referidas al lenguaje, nos interesa especialmente en esta hora lo referido al habla como arma de guerra, a la militarización de las lenguas y los dialectos, que es en lo que estamos parando con los nacionalismos rampantes que han llegado a su éxtasis con las Torres de Manhattan y los bombardeos de Afganistán.

Hasta hace poco sabíamos que había 20 000 idiomas en el mundo. Hoy sólo quedan 5000. Nosotros daríamos cualquier cosa por salvar el euskera, el catalán o el ladino. Otros, en cambio, quieren desmontar el español, abolir el castellano, bombardear nuestra lengua común porque la consideran herramienta de dominio y vasallaje, cuando la realidad es al contrario en todos los procesos lingüísticos estudiados. Una lengua puede ser el origen de una nación, de una colectividad, de una comunidad, el primer entramado del que se van colgando las cosas y su significado, los sentimientos del hombre, los frutos de la otoñada y la memoria unánime, pacientemente escrita, domésticamente escrita. Creemos en la lengua como origen y nunca como apere posterior de la guerra, el dominio o la venganza. La gran perversión del tercer milenio es entender la lengua del enemigo y la propia como armas prefabricadas para cortar el paso al vecino, al enemigo, al hermano.

Los nacionalismos hoy en juego, los racismos beligerantes, los integrismos rampantes están militarizando, sí, la lengua materna de cada pueblo grande o pequeño. En Cataluña se impone el catalán y se rechaza el español. En el País Vasco ya la mera escritura se ha convertido en un arma que dispara, más temible que el contenido del mensaje.

He conocido en estos días a una joven editora bielorrusa que habla el español y además comercia saludablemente con él como empresaria de una pequeña editorial en castellano. Le he preguntado por el pujante nacionalismo bielorruso y se ha limitado a sonreír con enigma asiático. Las pequeñas lenguas, que fueron lengua de fuego y permuta entre los pueblos, son hoy la causa misma de la querrela, cuando lo hermoso era tener 20 000 dialectos o 200 000. Ben Laden ha utilizado siempre el inglés para hacer sus grandes negocios en el mundo y para quedar galante en las fiestas de Marbella, pero ahora desafía en árabe a un mundo que no le entiende o se hace traducir, sin que hayamos conseguido saber, hasta hoy, qué es lo que se propone, adonde piensa llegar, quién es su enemigo concreto además de la Humanidad en general.

Lo que caracteriza a los grandes dictadores es que no persiguen una causa racional, justa o injusta, sino que se dejan llevar por el impulso de muerte que les acompaña por dentro y son sus actos y sus crímenes lo que nos va dando el perfil histórico de tales personajes. Hitler no perfila Dachau sino que Dachau perfila a Hitler. Ben Laden será siempre el hombre que derribó las Torres de Manhattan, pero su mensaje queda tan confuso como antes. Las multitudes del Oriente Medio han militarizado absolutamente unos idiomas creados para la oración, jamás para el diálogo. Ben Laden hace la guerra en varias lenguas y su pueblo no sabe adónde les lleva. Lo más dramático y amenazante es que él también lo está olvidando.

29 de octubre, 2001

Torres de luz

Torres de luz, espíritu de torre, ah ese doble milagro del poeta, donde hubiera oficinas y retretes, ahora dos puras fuentes de memoria, memoria de las Torres de Manhattan, donde hubiera escaleras, calendarios, ahora la nada, la inspirada nada, la nada musical, la luz, la noche. Manhattan, doble fuente de belleza, inspiración, poder del hombre blanco, la luz, aparición de cada noche que el hombre, sin romperla ni mancharla, verá como oración rectangular al Sur de una ciudad toda milagro, capaz de reinventar la geometría.

Ustedes disimulen, pero lo diré con Apollinaire: «El otoño es mi estación mental». Y es que en otoño los americanos, convocados por un concurso de The New York Times, han imaginado sustituir las Torres Gemelas por dos torres de luz, idénticas, que completarán la noche de la ciudad. La luz es el alma de las cosas y aquellas Torres se ve que tenían alma. Por entre la compleja y amueblada civilización norteamericana siempre ha visto uno brotar un rayo de ingenio, de sensibilidad, de imaginación, de vigorosa poesía que sólo puede venir de Walt Whitman. Y cómo le hubiera conmovido al viejo cantor de la democracia, al bardo y fauno de América, esta restitución de la cosa a su alma, de la noche a su luz, del rascacielos a su espíritu. América ha construido su más sólido rascacielos al levantar esos dos chorros inmóviles de luz mental.

Ben Laden puede seguir enviando aviones comerciales a traspasar las Torres. Será como traspasar con flechas infieles el alma de San Sebastián en su martirio. El alma es transparente, el alma es la luz interior de la cosa, de la persona, y quisiéramos saber el nombre del poeta que ha aportado la idea que pronto será realidad. En las fotografías ya lo es.

Dos rascacielos de luz, el sueño americano será ya un sueño desvelado por la espiritualidad en kilowatios de ese poema edificado. Edificado sueño, purísima respuesta al fanatismo visionario que guiaba a aquellos aviones. Estados Unidos puede ganar la guerra o perderla, pero ha ganado ya su batalla lírica elevando al cielo ambas torres tal y como eran, tal y como fueron, tal y como son, porque ahora comprendemos que éstas son las torres que debiera haber hecho desde un principio la ciudad de Nueva York. Dos rascacielos de luna que explican a un tiempo el poderío de América y la inspiración whitmaniana de algunos americanos. Esto no es un confuso sueño de huríes y ciénagas de leche, esto no es un paraíso sucio de pies y fornicaciones. Esto es la inspiración occidental en su momento más lúcido, en su estación mental, como ya he dicho. Vale tanto esta luz así construida como el hierro de la Torre Eiffel, cantada por el citado Apollinaire. Se ha ganado la guerra de la imaginación. Platón contra Mahoma. Las cosas son poemas y no mandatos tiránicos. La luz, sí, es el alma de lo que parece no tener alma. Dos rascacielos de quieto resplandor iluminan la noche de los nos y de los periódicos. Da igual Nueva York que otro sitio. El poeta, superviviente de todas las batallas, viaja de alma en alma, como Rilke, o deja esas dos torres, como dos purísimas páginas, libro abierto del siglo, ante los ojos de los hombres otra vez esperanzados.

1 de noviembre, 2001

Vaquero de media noche

Laura, la primera dama de los Estados Unidos, le ha hecho a Bush la pregunta definitiva y genial, la que todos hubiéramos querido hacerle: «¿A Ben Laden le vas a coger tú mismo, Bushie?». Porque, como ya hemos señalado alguna vez aquí, el estilo vaquero de Bush se impone folklóricamente por sobre la poderosa tecnología americana. A Bush le iría más coger a Ben Laden en una taberna de Tejas y tener una pelea con él a la puerta, sobre el polvo. Se nota mucho que el estilo tejano y directo de Bushie queda como un poco decolorado por el gris plomo de los grandes bombarderos. Ésta es su guerra, sí, la que le llevará a la historia, pero sin el sabor country que le es propio.

Porque Bushie no solamente necesita una guerra, sino que necesita su guerra, una cosa de masticar mucho polvo, un western atómico, y algunos caballos decorativos para asaltar las caravanas que jamás pasan por el desierto afgano. Quiere uno decir, en fin, que América está volviendo a ser muy americana. De otro modo no habría votado a Bush. Laminados ya todos los maniqués de Kennedy, Clinton el último, con becaria y todo, América había decidido, en sus kindergarten y sus elecciones, volver a ser América, sin jugar al peligroso liberalismo europeo que les está vendiendo Tony Blair. Y así es como sale Bushie por unos cientos o miles de votos, que no son nada, sino la profunda voluntad americana, y Ben Laden, que sólo tiene un concepto místico de la guerra, pero no estético, le propicia a Bushie la primera oportunidad. Lo único que le falta a esta oportunidad es un escenario, porque lo de las Torres fue un flash y el desierto afgano es la pura nada con camellos, que el camello es a su vez la pura nada con chepa. Laura, esa primera dama que algo tendrá Bushie cuando se la merece, era la persona más adecuada para seguir la peripecia de su marido. Ella le veía nervioso, impaciente, disgustado, y todo era porque le faltaba un caballo, no sabía cómo meter un caballo en aquella guerra lejana y ganada de antemano. Pero un caballo tejano de su rancho de Tejas, atalajado con rifles y revólveres, cicatrices, mataduras y larga crin de caballo bravo y maricón. Por eso Laura le ha hecho la pregunta sinuosa y exquisita: «¿Es que lo quieres atrapar tú mismo, Bushie?».

El presidente se ha ganado una página de la historia y otra de las enciclopedias infantiles nada más iniciar su mandato, pero su efigie no quedará como a él le gusta. Con el sombrero de John Wayne y las piernas largas de Gary Cooper. Esto no sería más que un capricho indumentario si no fuera el sentir hondo, la respiración de América, que cada vez está más lejos de nosotros por mucho que se obstinen Tony Blair y Federico Trillo. Las alianzas europeas maniatan a Estados Unidos para hacer su política imperial de guerras y petróleo. Bushie ha comprendido que era mejor antes, América para los americanos, o sea, y eso es lo que ha querido poner en práctica desde el primer día. La primera lección hubiera consistido en linchar a Ben Laden colgándole del árbol más alto de Central Park. Ahora que íbamos a lograr la gran Europa, América sale con un presidente country, como ya le he definido varias veces. «¿Vas a atraparle tú mismo, Bushie?».

29 de noviembre, 2001

Noam Chomsky

El intelectual más crítico y famoso de los Estados Unidos ha publicado un libro con todas sus manifestaciones sobre el 11/09/2001, que lleva este mismo título. Noam Chomsky afirma muy claramente que la catástrofe de las Torres no sólo fue una agresión que venía de fuera, sino la revelación de una «reserva de rencor» contra la política de Estados Unidos. Efectivamente, el pensador está de acuerdo con que existe un problema dentro del Imperio.

Ese problema tiene dos caras: el racismo y el nacionalismo que atentan continuamente contra las populosas minorías radicadas en USA, y, por otro lado, la política, o más bien la épica que Norteamérica desarrolla contra el mundo árabe a lo largo del tiempo, casi siempre en beneficio de Israel.

Se dice que Estados Unidos gobierna el proceso de globalización, pero Chomsky afirma que el país no gobierna ese proceso y que la globalización ha despertado enorme rechazo, sobre todo en el Sur. Las bombas inteligentes, la intervención en Kosovo y otras maniobras no han recibido nunca la calificación de «guerra», sin duda porque a los retóricos del Pentágono les gustaba enmascarar y suavizar sus actuaciones con eufemismos tan amenos como el de «intervención humanitaria». Así es que Estados Unidos lleva mucho tiempo en guerra, sobre todo con Oriente Medio, pero ha querido engañar al mundo, y principalmente a su propio pueblo, con una dialéctica hábilmente manejada y poderosamente distribuida, pero que nunca ha engañado a nadie, ni al más provinciano analista.

Dice Chomsky que, en el caso del 11/9, América sí ha hablado de guerra, pero al mismo tiempo de un enemigo anónimo. Contra ese enemigo anónimo sí hacen la guerra, y esto se debe a que la palabra «cruzada», por ejemplo, tendría resonancias confusas y contraproducentes en el mundo islámico. El Gobierno utiliza los términos «guerra» o «intervención humanitaria» según los casos y las situaciones, manipulando siempre su propia información, que cada día pierde credibilidad ante el mundo.

¿Por qué hasta ahora no ha intervenido la OTAN directamente en el asunto? Porque esto es lo que más desearían Bin Laden y sus partidarios, que aspiran, como todo profesional del terrorismo, a elevar la categoría de sus actividades a guerra entre Estados, ya que esto fortalece la retórica de la lucha y condecora como héroes de guerra a todos los profesionales del atentado, desde el recién llegado al jefe máximo. Bin Laden aspira para sí mismo a la categoría de jefe de Estado que se enfrenta al jefe de Estado USA. Mientras eso no ocurra los terroristas son unos aficionados o unos anarquistas que tiran bombas en nombre de causas arcaicas o difusas.

Chomsky reconoce en su libro que el golpe de las Torres de Nueva York fue un susto para los servicios secretos y para la CIA. Recordemos que la CIA trabajó junto a los servicios de inteligencia de Pakistán y Arabia Saudí para reclutar y entrenar a los integristas islámicos más radicales, con vistas a una «Guerra Santa» contra los invasores soviéticos. Quiere decirse que USA ha hecho continuamente sus pequeñas guerras estratégicas mientras el país se mostraba a sí mismo como el máximo reino de la paz. Después de inventarse muchos enemigos imaginarios, ahora tienen un enemigo real. Y se nota.

7 de enero, 2002

El negocio de la guerra

Parece ser que la fina pasada de los aviones de pasajeros que envió Bin Laden contra las espirituales Torres de Nueva York se convirtió por fin en una revitalización del dólar de oro, remontando el 2001 con unos beneficios que alcanzan a nuestro 2002. Lo cual que el señor Bush, redescubierto el negocio de la guerra, acojona ahora a Irak, Irán y Corea del Norte. El más rentable negocio de cualquier estado, a lo largo de la historia, es el negocio de la guerra, o sea que en ello estamos y Dios o la media luna vuelven a salvar a América.

Irak es el enemigo, Irán va a juego y Corea del Norte es una vieja herida siempre abierta en el corazón de las tinieblas, allí donde los yanquis perdieron numerososamente su más alta guerra, y no sólo en bajas y víctimas, sino en prestigio ante el mundo y ante sí mismos, cuando la opinión internacional agarraba a Johnson todas las mañanas por los tirantes, sujetos a los huevos, con el último despacho de Reuter sobre el desastre americano en aquella selva de suicidas y de moscas. Ante semejante provocación, Bush ha definido a estos países como «eje de maldad». El intelectual Bush no necesita mucho más que una definición de portada para lanzarse al grande negocio de la guerra, que en realidad es el que sostiene el imperio americano desde el principio de los tiempos. La guerra, sí, revitalizó la economía americana en el último trimestre del año pasado. Bush ha descubierto que el porvenir de su reinado de paz está en la guerra.

En principio, la guerra consume mucho material y muchos hombres, pone a tope las fábricas, agiliza las exportaciones y las importaciones, mueve el dólar a ritmo de rock y, por ende, mantiene a la ciudadanía en un éxtasis de patriotismo y triunfalismo que a estas alturas da por bueno el desastre de las Torres, gracias al cual el estado bélico ha podido implantarse formalmente, mirando siempre de cerca a ese cercano Oriente o eje del mal.

Mi amigo Cañizares, el obispo de Granada, me decía ayer en el Palace que el Papa va a ir a hablar a Manhattan, justamente a ese hueco ya espiritual que han dejado las Torres en el corazón aurífero de Occidente. Juan Pablo II consagra así el origen pálido de la guerra y suponemos que condena aquel disparate brutal del señor Bin Laden, que se presenta como un Cristo árabe lleno de mensajes muertos. Quizá Bin Laden también sabe que el mejor negocio del mundo es el negocio de la guerra y quiere extenderla por el planeta para enriquecer a su familia y su harén de hurgamanderas. Lo irónico es que Oriente Medio sólo podrá salir de la pobreza mediante una guerra fecunda que los entierre a todos o les ponga a todos un palacio en Marbella, como los que ya tuvieron. Quizá ésta sea, asimismo, la razón secreta y noble del señor Aznar para dejar en buena medida la política. Ha descubierto que el éxtasis de la política es la guerra y no está dispuesto a hacerla indefinidamente. Antaño las guerras eran ideológicas; ahora son económicas. La marcha de una guerra no nos la dan los que escriben de eso sino las Bolsas de Nueva York y Tokio.

El 11-S fue una inspiración de la media luna a juzgar por la marcha que ha cogido el mundo. El dólar está ya muy por encima del euro. La Historia empieza este fin de semana.

2 de febrero, 2002

Las vírgenes de Alá

Aunó ya le había parecido que lo del chador de Fátima iba a prolongarse tanto como la Reconquista, pues lo que hay detrás de todo esto no es sino una Reconquista a la inversa de la musulmanada que vuelve. Ahora, una niña paquistaní se niega a hacer gimnasia por motivos religiosos. Tiene trece años y había sido escolarizada en Almería, aunque su padre, en principio, se negaba a que asistiese a clase. Son las vírgenes de Alá, son esas niñas llenas de gracia y pudor que nos miran con más ironía que asombro y que se están comportando muy modositas mientras sus padres nos hacen la guerra religiosa como ocho o nueve siglos atrás.

Ya se sabía o se intuía que lo del chador no era sino la primera señal para empezar lo que quedará como la Guerra de las Mil Vírgenes, pues los mahometanos van a echar por delante la pureza de sus mujeres para luego plantear otros derechos y sometemos a la Constitución aljamiada que ya venían escribiendo con sal en la patera. Después de los pilotos/proyectil atacarán con las vírgenes/proyectil. Oriente necesita endurecer su religión, que en realidad va perdiendo fuerza y sentido como las religiones occidentales. Se principia decapitando el clítoris de una niña mediante cuchilla gilette y se acaba decapitando el testiculario del caballo de Bush o del propio Bush, si ese día va colgandero.

A lo que se niega ahora esta virgen de Alá no es a esa pijada del chador sino a hacer gimnasia en el colegio, por lo que la gimnasia comporta de un cierto desnudamiento y unas posturas gráciles y juveniles que a nosotros no nos dicen nada por la edad de la niña, pero a Mahoma le ponen cachondísimo como fundador de una Iglesia con dos únicos pilares: el sexo y la religión. Ahora le han añadido a la cosa el terrorismo, porque llevaban siglos aburriéndose y un oriental aburrido es capaz de cortársela con el alfanje para hacerse un perrito, sólo porque esa tarde tiene ganas de merendar.

Lo que se aproxima en el XXI no es la consabida guerra convencional entre dos inteligencias occidentales, sino la contienda entre nuestro pensamiento y el pensamiento que ellos no tienen, ya que a los hombres también se les somete a castración mental para que no pequen y para que se presten gustosos al oficio de pilotos/proyectil, como ya hemos dicho, pues es la manera más rápida de llegar ante Alá incluso sin lavarse los pies. Respetamos mucho aquella religión que tanto nos dejó en ocho siglos, pero ya dijo Ortega que a una cosa que dura ocho siglos no se la puede llamar Reconquista, sino que es el estado natural de la Historia. Los moros están volviendo en patera a la España de las mezquitas y las Alhambras, pero se encuentran desolados con una tierra que ya no reza mirando a La Meca sino a la Bolsa y donde las mujeres ya no usan velo sino tanga. Naturalmente, esto no es lo que ellos venían buscando en la patera. Se sienten estafados porque lo que ocurre es que están parados en el tiempo, parados en Calatañazor, en Almanzor, y esa eternidad que era Calatañazor hoy es prisa de aeropuerto, urgencia de campeones dopados y una sucursal del BBVA donde tenía que haber un minarete. Se sienten traicionados y se llevan las niñas, que eran ya su última ganadería

28 febrero, 2002

La mentira pentagonal

El señor George W. Bush ha autorizado al Pentágono para que dé noticias falsas si eso ayuda a sus planes bélicos. A uno le parece el ápice de la civilización el utilizar la mentira como arma de guerra, recurso de un maquiavelismo que nos hace pensar si Bush, entre caballo y caballo, no habrá leído a Maquiavelo. Por ejemplo, una consultora se encarga ya de vender un posible/imposible ataque a Irak. Para el Pentágono, la mentira está justificada siempre que ayude a ganar la guerra. La Casa Blanca ha creado un «Gabinete de Guerra» para coordinar la información oficial.

Me encanta el eufemismo. Gabinete de Guerra queda muy decente y tecnocrático para ocultar que se trata simplemente de elaborar mentiras monstruosas, grandes trolas, finos apaños, descomunales marrones que luego se irán distribuyendo por las agencias y redacciones de todo el mundo hasta haber creado una sensación de peligro físico que realmente sólo está en los cuadernos de notas de los funcionarios de la movida. A pesar de todo, Bush, entre caballo y caballo, no ha leído a Maquiavelo, pues el que se dispone a mentir no anuncia previamente que es un mentiroso. En cualquier caso, más que de dar noticias bomba se trata de crear confusión y agarrar al enemigo por el culo cuando estaba mirando para otro lado, generalmente para La Meca. Goebbels había sido hasta ahora el gran artesano de la mentira con aquello de que una farsa repetida mil veces acaba siendo verdad. Y tenía razón, pues la farsa se convertía en verdad psicológica, induciendo igualmente el miedo, el espanto o la euforia del gentío.

Pues bien, en el Pentágono hay algún funcionario de la semilla del diablo, quizá el propio Bush, que le ha pasado a Goebbels por la derecha. Ya le lleva veinte pueblos. Y es que no se trata sólo de repetir una mentira hasta macerarla como verdad, sino de crear una verdad de la nada y hacerla realidad mediante la velocidad de la luz y el vértigo de la información. Las noticias llegan y pasan antes de que podamos comprobarlas y son el nuevo misil tierra/tierra que corre entre nuestros pies para ir a explotar entre los pantalones del enemigo, que en este caso suele llevar faldumenta aunque no sea enemiga.

Le parece a uno mucho más difícil construir una buena mentira que construir un acorazado de guerra. Ese nuevo departamento del Pentágono va a ser la madre de todas las batallas porque las madres mienten mucho y sin embargo no han perdido credibilidad desde la madre de Telémaco. Veamos, ante todo, el aspecto positivo de esta guerra de mentirijillas. Las batallas se van a ganar y perder sobre el papel, con lo que habrá menos personal masacrado y menos soldados con flores de muerto en la boina. El señor Bush ha inventado nada menos que la guerra intangible, y así los ciudadanos abandonarán las ciudades derrotadas sólo porque lo ha dicho la radio, cuando en realidad no pasa nada. Si el invento pentagonal funciona el señor Bush habrá sido uno de los grandes presidentes de América, digno de llevarle a la montaña de los grandes bustos. Con lo que no ha contado el creador del arma/mentira es conque los islámicos, un suponer, llevan siglos mintiéndonos a nosotros victoriosamente, y ahora, encima, no le quieren quitar el chador a la niña.

22 de febrero, 2002

La movida religiosa

La movida religiosa que estamos viviendo, a nivel de enseñanza y de guerra, significa que no nos espera nada bueno y que progresamos hacia atrás. Entre la beatificación de Isabel la Católica y la invasión islámica de los colegios, volvemos a la Edad Media. Bush tiene un gobierno en la sombra, bajo tierra, lo que significa que el poder se vuelve invisible, como Dios.

Lo de los colegios tiene dos soluciones. Convertir en asignaturas todas las religiones que pendonean por ahí con sus santificados pendones o no escolarizar absolutamente ninguna religión, ya que, como dijo alguien entre el socialismo y el capitalismo, donde más rinde la religión es en el parchís y al parchís hay que dedicar una hora diaria en los colegios con chador o sin chador. La realidad es que el mundo se ha desideologizado en Oriente y Occidente. Dios se ha convertido en petróleo o se ha convertido en dólares o se ha convertido en euros, según para donde miremos. Ya sólo hacen congresos ideológicos los comunistas, erigiendo la noble bonhomía de Paco Frutos, que tiene hasta imagen pero no tiene votos. Los otros congresos que se hacen en el mundo son para hablar de la droga colombiana, del dinero de Hollywood o del precio de los misiles, que están subiendo en el mercado de armas, y por algo será.

El siglo XXI lo tiene claro: ya no hay tiempo para pensar en Dios mientras te afeitas porque con la oreja libre hay que recibir algún mensaje de la multinacional. No es que hayamos perdido la fe. Es que hemos perdido la esperanza e ignoramos lo que es la caridad. Los últimos filósofos de izquierdas mataron el humanismo y con esto espantaron a Dios, pues Dios no era sino la sublimación del hombre en un juego de espejos y novenas. Ni siquiera somos ateos. Somos consejeros ejecutivos de algo.

En estas circunstancias y con el mundo que viene le parece a uno que supone un derroche de tiempo y espacio el dedicar miles de horas en miles de colegios a enseñar el hinduismo, el catolicismo neoirlandés y los matices que lo diferencian del londinense, las religiones monoteístas, como la nuestra, que en realidad se ha convertido en un politeísmo de santos de puebla y cabras desnucadas, y las religiones politeístas, como la griega antigua, que sólo ha servido para hacer superproducciones de Hollywood en panavisión y otras amenidades y grandezas de los hermanos Warner. El talibanismo, las sectas norteamericanas, los obispos etarras en España y todas las religiones que están saliendo del armario suponen el fenómeno de un mundo y un nuevo siglo que se vacía de contenidos mitológicos y alegóricos. Estamos en el humanismo de la ciencia, no en el humanismo de la leyenda, y por eso se han encarnizado los moros contra los cristianos. Dios se ausentó sin dejar señas. Esto es lo que hay que aceptar como realidad que comenzó en el 2001 y durará ya para siempre, afortunadamente, o por lo menos cinco mil años, que es lo que dicen los científicos que van a tardar en extinguirse las mujeres rubias, porque son más fuertes las morenas. La noticia es muy consoladora pues, como dijo Pérez de Ayala, «la rubia es menos pecado». Tiene uno observado, encima, que las rubias no entran nunca a clase de religión.

7 de marzo, 2002

Manhattan 2002

Se han cumplido seis meses de silencio en Manhattan, se ha cumplido un vacío que hoy no tiene remedio, se ha cumplido la muerte de la ciudad/esfinge. No aparece el culpable porque aparecen miles de culpables. Y no fue un atentado sino el primer vagido de una guerra. Manhattan 2002 ya no es Manhattan. No se puede seguir hablando de terrorismo cuando lo que hay en el aire parado del siglo es una guerra mundial que Bush desea para coronar el imperio y Oriente necesita como epitafio de la sangrienta luna. Ese Oriente Próximo que está sin resolver desde hace 500 años. La religión mahometana tuvo su momento, su éxtasis, su exotismo, pero precisamente ese exotismo es lo que hoy se levanta como una máscara medieval de la que ya no participamos. Hemos sido muy griegos, muy judíos y muy árabes, pero nuestro arabismo se vino abajo el día en que los cristianos metieron una cruz en la Mezquita de Córdoba tachando para siempre una civilización y una cultura. Rainer María Rilke, viajando por España, descubre la cruz en la Mezquita y escribe a sus amigos y amigas del mundo cartas de indignación por lo que sin duda es, para él, una profanación cultural y espiritual, ya que el poeta era proclive a asumir todo espiritualismo sin recibirse en ninguno.

Camilo José, el padre de los Cela, me lo dijo alguna vez:

—Mira, Paco, los judíos están todavía presentes en nuestra vida y costumbres, sobre todo si viajamos por España y vamos al encuentro de sus profundas huellas. Pero los árabes ¿qué nos han dado los árabes?

Eran ideas muy personales y particulares de Cela, a quien ahora han rechazado en su Alcarria entrañable con la disculpa de que es gallego.

Podíamos quitar el Cristo de Velázquez del Museo del Prado con la disculpa de que es judío. En cualquier caso, CJC vivió lo suficiente como para asistir al retomo de lo islámico, que unas veces es fraternal y otras es criminal. Ahora vienen con la globalización de la guerra y su punto de mira favorito es Nueva York. Manhattan, indio herido, Manítú desbrozado, Manhattan, cueva sacra donde rezan los yanquis que no saben rezar. De ese montón de escombros va a nacer una guerra, la segunda o tercera de mi vida. Hay un bloque oriental que al fin decide detener esta Historia, que es la nuestra, volver a su Edad Media de jazmines y dioses en camello. Nos traen mitología, viejas historias, un continente de mujeres solas, de mujeres sin rostro, que no saben. Pero Bush no responde con palabras, con la cultura griega, con el Renacimiento, sino que ofrece muerte en sus vasijas y hasta su misma esposa, solidaria, le reprocha la sangre derramada. Volvemos al principio de la Historia, Manhattan se apagó como un farol, el progreso con rosas de Occidente no entiende la respuesta de los muertos, la siembra de cadáveres locuaces que América va haciendo por el mundo. Manhattan 2002 puede leerse hacia atrás, gran retroceso de los números árabes, esbeltos. No habíamos dado un paso, estamos al principio, cara a cara, midiendo nuestras armas, y ya la Media Luna y las Torres de Luz son el mismo fantasma, igual estrella.

13 de marzo, 2002

Bush clónico

El presidente Bush ha rechazado los experimentos clónicos en Estados Unidos incluso con fines terapéuticos. Se ve que siente una gran pasión por la vida humana y está dispuesto a salvarla y a no jugar con ella bajo ningún motivo. Lo que pasa es que, al mismo tiempo, dirige matanzas en Extremo Oriente. Por otra parte, el propio Bush es un presidente clónico, la repetición de su padre agravada por las circunstancias o por lo muy country que es este señor. Hay que decir que en el trono norteamericano se suceden a veces dinastías enteras. Los Kennedy son un buen ejemplo malogrado, pero luego hubo un Kennedy supernumerario, o sea Cárter, que nos daría una versión atenuada del kennedismo. Más tarde hemos tenido la dinastía Reagan, de la que viene el estilo vaquero de Bush. Estas dinastías suelen tener hermosas ramificaciones y complicidades, como las familias reales. A veces la esposa de un presidente actúa como otro presidente, y éste es el caso de la señora Clinton. Clinton era una última holografía de los Kennedy, y encima salió Hillary Clinton haciendo política contraria a la de su marido, quizá por el asunto de la becaria, que la grandeza del país más poderoso de la tierra está siempre entre las piernas de una becaria.

En este juego dinástico, ahora le toca a Bush hacer de John Wayne, pero al mismo tiempo prohíbe la clonación humana y sus consecuencias curativas en el país que más podría avanzar científicamente en el caso. La prohibición es abiertamente moral y religiosa, aunque uno no recuerde ahora, hombre, coño, a qué secta o iglesia pertenece el señor Bush, que en todo caso estoy seguro de que es un buen católico y hace lo que le manda su párroco. Lo imperdonable de todo esto, ya digo, es la contradicción. El hombre que está masacrando países pobres y aunque no lo fueran, no tiene como mucha autoridad para preocuparse por los niños, los embriones, las células madre y todos los delicados y milagrosos orígenes de la vida. Alguien debiera recordarle eso.

La política y la vida de Estados Unidos han estado siempre escindidas entre la vocación bélica y la vocación caritativa, que ellos llaman democracia, pero la democracia es una palabra de mucho más contenido que un bote de leche en polvo de éstos que USA reparte gentilmente entre los niños y las madres del Tercer Mundo, unos minutos antes de ametrallarlos. América es un país inmaduro porque no ha cerrado nunca dentro de sí esta escisión entre la voluntad democrática y la voluntad de Imperio. El señor Bush, aunque rechace la clonación, no es más que un clónico político cuya genealogía hemos señalado aquí. Es, o sea, el típico presidente que necesita una guerra para realizarse como tal y pasar a la historia con todos sus muertos, que suelen llevar la cabeza bajo el sobaco como si fuera el balón. Digamos que todo presidente americano precisa de una épica para hacer juego con la lírica de Walt Whitman, sólo que a Whitman lo abandonan y olvidan al salir del colegio, como a un compañero redicho y tímido y sólo les queda, como bagaje, la gran epopeya americana, que se esfuerzan por agravar y extender hasta Pakistán para que no decaiga. Las guerras las hacen siempre lejos, y de ahí la novedad cruenta de la caída de las Torres de Nueva York. Pero a Bush las células madre que no se las toquen.

13 de abril, 2002

La cigüeña Bin Laden

El señor Bin Laden vuelve a aparecerse a sus fieles como un Cristo árabe y en vídeo. Pero ahora viene en plan cigüeña y quiere hacer nido en otras torres. Sus nidos, ya se sabe, son aviones de pasajeros que posa con todos sus huevos en las torres más altas que han caído. Parece que proyecta una nueva ofensiva, más de tipo místico que ominoso, pero de todos modos busca torre para hacer nido islámico de sangre y fuego y uno piensa o supone que las altas torres de Europa y América, los grandes monumentos, estarán ahora protegidos.

Después de la primera vuelta de Bin Laden a la tierra, con los mismos cuerpos y almas que viene teniendo según las lunas, esperemos que torreones como la Torre Eiffel de París, las Murallas de Ávila, el BBV de Sáenz de Oíza, que ya Emilio Ybarra lo ha dejado temblando, y el Cubo de Moneo en los Jerónimos, etc., estén debidamente defendidos, resguardados, protegidos del turismo suicida y sobrenatural del árabe. Claro que nos haría un favor el señor Laden si en su nueva pasada piadosa por Occidente se llevase los retretes del Retiro, todos cerrados y malolientes, aunque algunos muy artísticos. Uno ve muy bien a Bin Laden refugiado en un retrete del Retiro e imagino que su actual escondrijo en Afganistán debe ser cosa muy parecida y oler a lo mismo.

No quisiera uno darle ideas al árabe justiciero, pero guardemos fielmente las Montañas Rocosas, los Mataderos de Chicago y las Torres KIO de Madrid, que tienen cierta inclinación arabizante y destrozan la perspectiva de la ciudad desde cualquier punto.

Nada tiene que temer, naturalmente, la Giralda de Sevilla, donde la cigüeña Laden muy bien podría hacer nido y quedarse para siempre presidiendo la vida española y las entradas y salidas de aviones de pasajeros, que un día manda un avión contra esa gran cruz que profana la Mezquita de Córdoba y nos devuelve toda la pureza dudosa de lo oriental. Ya dijo André Maurois que aquello es "noble y sucio como todo el Oriente". Bin Laden no encontrará la paz mientras no haga nido en la Giralda o en la Alhambra, que es donde la CIA no le va a buscar nunca, pues esos muchachos ignoran la historia de las arquitecturas comparadas, aunque se conocen el plano de Manhattan como la palma de la mano. Ya digo que no quiere uno dar ideas, pero el próximo avión de pasajeros con lastre de fanáticos lo veo posándose dulcemente en Wall Street.

Al señor Bin Laden no se le ha podido encontrar porque sólo vive en vídeo, como los profetas y los anacoretas vivían en una columna o en una torre de marfil o en aura de luz. El aura de este nuevo místico es el vídeo y dicen que hace colección de los que reflejan puntualmente el 11-S con las Torres cayendo delicadamente, femeninamente, como el postre de nata de la decadente orgía capitalista. Acaba de salir un nuevo obispo bajo pena sexual y un nuevo banquero bajo delito monetario. Son la misma cosa. La Iglesia ha bendecido siempre los bienes terrenales y a Neguri sólo le queda una alternativa: el Vaticano o ETA. Bin Laden también podría hacer nido en el Guggenheim de Bilbao pastoreando la actividad de etarras y talibanes. Acabará enviando un avión de pasajeros a San Pedro de Roma para dejar la Capilla Sixtina invisible como Alá.

18 de abril, 2002

Los rascacielos

Quizá el 11-S de 2001 no fue sólo una excursión mortal de Bin Laden sino que la cosa tenía su simbolismo y marcaba el final de la época de los rascacielos. América y el mundo entero se dieron cuenta de que la ambición de ganar cielo por arriba podía llevarnos a la guerra de los mundos, a una guerra librada en las alturas, de la que caerán arcángeles de fuego y mujeres soldado con las bragas en llamas, sobre las cafeterías y las perfumerías del estado del bienestar.

Un rascacielos es una tentación y un objetivo óptimo para cualquier enemigo con capacidad y astucia. Así fue como David derribó a Goliat. El último incidente de Milán, también a bordo de avioneta, ha puesto cierto mosqueo en la sensibilidad de Europa. El rascacielos es una provocación a Dios. Ya lo dijo el poeta Miguel Hernández: «Rascaleches». Pero también es una provocación a los que miran desde abajo los millones de dólares enterrados allá arriba. Agustín de Foxá escribió que el rascacielos es el gótico de nuestro tiempo. La apreciación es más poética que política, pero también al gótico, en su día, le zurraron el adobe los bárbaros y los arábigos, que son quienes no admiten otra arquitectura que la de caja de frutas, que es lo que parecen sus mezquitas. En plan rascacielos a lo más que han llegado es a la Giralda de Sevilla, un rascacielos provinciano raptado a Alá por las beatas.

La estética del rascacielos se corresponde con los años 20/30 y su maduración y logro hay que atribuirlos a la Bauhaus y al maestro Gropius, cuando los judíos huyen de Alemania y hacen en América su arquitectura, una arquitectura que estaba ya predicha en Berlín, esa ciudad de hombros altos. Tom Wolfe escribió un libro destructivo y fugaz contra la Bauhaus americana, pero se le olvidó el mejor argumento, que es como siempre el argumento estético. Quiere uno decir que el rascacielos fue muy esnob pero se ha quedado antiguo, country, desde que los mejores rascacielos los erigen en Atlanta, que es la ciudad/futuro de los Estados Unidos, un marco perfecto para las actuaciones verbales del braceador señor Bush. Hoy a lo que se tiende es a la América horizontal, a los grandes parques, a las grandes fincas, a los grandes laboratorios y los infinitos barrios de emigrantes donde le dan caña al negro mientras balbucea el hispano comiéndose medio país por el idioma.

América ha descubierto que es muy grande y que no necesita robarle azul al cielo, sino que después del lejano y legendario Oeste ha venido el lejano, legendario y faulkneriano Sur, y ahora viene el lejano y nada legendario Norte, donde puede que haya oro y cunas de futuros presidentes guardadas por los zorros heráldicos de la Constitución. La conquista del espacio la están haciendo las astronaves con pepsicola y hamburguesa esponjiforme. Queda muy atrás aquel brote brioso hacia el infinito que fueron los rascacielos. Todo viene de que Manhattan era una isla india con poco terreno y había que tirar para arriba. Al señor Bin Laden le va a ser difícil acertarle a una casita dúplex con antena parabólica de metro y medio. Los rascacielos que fascinaron nuestra adolescencia cinematográfica se han quedado precatálogo. Como mi propio corazón.

25 de abril, 2002

El novio de Marilyn

El Premio Príncipe de Asturias da su verdadera dimensión literaria eligiendo a Arthur Miller, un poeta del Imperio contra el Imperio. Acertando casi siempre con el hindú menesteroso que hace poemas exquisitos a la miseria de su pueblo, el Nobel se ha dejado atrás a Miller, con lo que el Príncipe de Asturias acude en seguida a remediar el caso ventajosamente, cruzando en sentido contrario las Torres de Manhattan para roborar la categoría internacional y duradera de un escritor crítico de los Estados Unidos.

De modo que hoy el judío yanqui es Príncipe, que casi suena mejor que Nobel. En nuestra adolescencia cruel, años 50, Arthur Miller encamaba en el mundo el pontificado del teatro social y enseguida llegaron a nosotros obras como Muerte de un viajante, Recuerdo de dos lunes, Panorama desde el puente, Después de la caída, etc. Además de asistir a todo este teatro en español, lo leíamos en Losada de Buenos Aires. José Tamayo (que me ha enviado un jamón), Francisco Rabal y posteriormente José Sacristán, fueron para nosotros los héroes millerianos de la revolución social e intelectual que íbamos a hacer contra USA, pero con arsenales USA, y ahí estaba el fallo, ya ven, en que metíamos goles en la propia portería. Y con nosotros se contradecía el gran Miller, pues que, como tantos autores yanquis, pretendía ametrallar desde su máquina de escribir el Empire State Building, puesto que entonces todavía no se alzaba en Manhattan la gracia funcional y japonesa de las difuntas Torres.

Muerte de un viajante es quizá el mejor drama de AM, aquél que resume, sintetiza y expande la tragedia del hombre medio americano, que son millones de hombres, o sea. Un viajante de comercio que ha soñado un poco de sol y de cielo, un poco de paz y de nueces para él, su familia y sus ardillas. Pero América gana estatura, ominosamente, y Willy Loman se ve hundido, con el tiempo, en un pozo de vulgaridad, en una trampa para hombres grises, que es el color de las ratas. Es la tragedia callada y cotidiana de América y Miller lo ha dicho ahora: "Mi teatro sigue vigente porque los problemas son los mismos".

El teatro de este heredero de O'Neill se sustenta en un realismo sobrio y matizado con fogonazos de poesía, imaginación y sueño. Toda la literatura norteamericana parte del realismo para luego incardinarse en la magia de la palabra y la temperatura, a la manera de Tennessee Williams. Miller, sin perderse en tal lirismo, es poeta de América y crítico de América. Su matrimonio con Marilyn Monroe, que antes fue novia, hace la vida de Miller tan simbólica como Goethe creía que era la suya, pues aquel país siempre ha tendido a fundir las armas y las letras: Así en Faulkner consagrando literariamente la guerra contra el Norte. Allí, como de verdad son una democracia, las maravillosas mujeres se casan con los intelectuales, mayormente judíos, y ahora tenemos el ejemplo de Woody Allen. Marilyn cantó las guerras que Miller criticaba. No podían terminar bien. Pero estos matrimonios nos revelan que, en la cultura americana, la belleza casi siempre tiende a la sabiduría, que es la verdad. Una estrella española no pasa jamás de casarse con su productor.

10 de mayo, 2002

El resucitado

La aparición de un vídeo, sencillamente un vídeo, en las televisiones del mundo, un vídeo donde sale Bin Laden imitando como siempre a su antagonista Cristo, ha hecho temblar como brisa los rascacielos de Nueva York y la paz de toda Norteamérica. El vídeo parece antiguo, sin duda tiene unos meses, el vídeo es inexpresivo y casero, pero Bush ha dejado de caminar con las manos muy separadas del cuerpo, como para dejar sitio a los revólveres, y ha admitido o promocionado que América/América está otra vez en peligro o no ha dejado nunca de estarlo. Después del 11-S se paró la Historia.

Estados Unidos se pasó todo el siglo xx preparándose contra la poderosa Inglaterra, contra la revoltosa España, contra la pujante Alemania, es decir, contra las guerras en grande, contra la guerra como maquinaria industrial, contra la agresión como factoría. Pero he aquí que en su sueño militar de grandes máquinas belicosas, portaaviones como continentes, submarinos como un banco de ballenas, se les pasó, coño, hombre, lo pequeño, la picadura de mosquito, la guerra bactericida, el kamikaze folclórico y el piojo de Alá. Y ahí estaba precisamente la clave del futuro, ya insinuada en la Grande Guerre, que se hizo toda ella con caretas antigás y soldados con cara de mosca.

Y es que el síndrome del poderoso consiste en temer sólo a lo fuerte y menospreciar al pequeño o a lo pequeño. Pero la guerra esencialmente oriental, asiatoide, es siempre una guerra así, un bordado de venenos, una miniatura de agujijones, una costura de punzadas letales y una falange de adolescentes mahometanos con prisa por subir junto a las huríes del profeta, porque a esa edad, y a todas, una hurí tira mucho.

A América no la puede derrotar Rusia, que también se lo hace de superpotencia. Sería una guerra de igual a igual, un nuevo equilibrio del terror como el que ya vivimos, pero sin Adolfo Marsillach para comentarlo en Oliver tomando la última copa o el primer tranvía. El día en que los arábigos inventen el tranvía suicida, como los aviones de Nueva York, pueden dejar la ciudad de San Francisco, que es la que tiene más románticos tranvías, caladita en todas direcciones y cayéndose al mar. Éste es uno de los peligros que corre la América de Bush, porque no han sabido o no han querido encontrar al señor Laden, sino que, como dice Carmen Rigalt, le daban por muerto porque no salía en la tele. Han sido víctimas de su propio engaño, que consiste en vivir más dentro de la tele que fuera.

Como dijimos desde el primer momento y desde la primera Torre, las hostilidades Oriente/Occidente se han abierto para siempre y ésa es la verdadera guerra mundial que acabará con el planeta. Unas veces Oriente son los rusos y otra los chinos y ahora los árabes. El Oriente es tan inmenso que ni siquiera se ve porque no se abarca. Ya los griegos nos enseñaron que la sabiduría consiste en quedarse dentro de los propios límites, conocerlos y estudiarlos. Lo que queda fuera no existe o no interesa. Claro que esto pudo plantearlo Sócrates porque no tenía televisión. La televisión es lo que te mete el Oriente en casa, el enemigo en casa, lo que tiene a Bush tirado como una braga, mirando hipnotizado a Bin Laden. No es más que un vídeo, pero la imagen, aunque sea mala, vale más que mil misiles.

22 de mayo, 2002

Bruce Springsteen

Bruce Springsteen, conocido como The Boss en el mundo de la música, lanza un disco sobre el 11-S donde canta con todo su equipo. Efectivamente, el disco es como una oración por las víctimas de los atentados. Viejo de gloria, joven de brillos en el pelo, investido de chalecos, vuelve con su música, con sentimiento y sin sentimentalismo. Springsteen tenía que ser el bardo del 11-S, porque un imperio como el americano también tiene y necesita sus bardos que van hilando la larga y numerosa epopeya de América. Maten o mueran, son el imperio más grande que ha conocido el mundo desde Roma. Agaritados en nuestros cafés parisinos o madrileños, hacemos envidia y sátira de la grandeza americana, pero, como ya viera Kipling, Oriente es Oriente y Occidente es Occidente. En Nueva York se ha gestado lo más grande del occidentalismo, mayormente porque la ciudad india y judía ha sabido alimentarse y crecerse asimilando todos los mensajes del mundo. Eso es lo que asesinó Bin Laden profanando dos Torres como dos doncellas, y eso es lo que canta y duele BS en su última balada.

Lejos del americanismo belicista, lejos de confundir a América con el señor Bush, lo que hacemos es participar en la Historia, aprender de un país que acaba de consumir la democracia precisamente con su apertura a los hispanos. América es la leche que hierve de frescor bajo la ubre matriarca de la vaca demócrata. América es el potrillo que corre solo y se para a beber en una gasolinera, religiosamente, como ante una ermita de la suprema y sencilla religión de las cosas. El sentido que tienen los americanos para las cosas queda claro en sus novelistas y pensadores, que siempre vuelven al refugio de la imagen, a la elocuencia de la cosa, para dar concreción y realidad a lo que han pensado.

Nos recocemos en nuestros viejos lupanares literarios para ironizar sobre los Estados Unidos, pero luego nos cortamos el pelo como ellos, vestimos vaqueros de arriba abajo, fumamos su tabaco, que tiene la fragancia del Lejano Oeste, y bebemos su cocacola, una bebida familiar que coloca, y vemos su cine, el cine de Hollywood, que es el cine único, pues el siglo XX tuvo dos lenguajes, el periodismo y el cine, y ambos los hizo suyos la violenta América. Ese talento para asimilar lo mejor y lo peor que va dejando la vieja cultura europea es lo que caracteriza a USA.

En cuanto a nosotros, la verdad es que quedamos un poco mezquinos con nuestra burla intelectual de América, cuando la verdad es que nos nutrimos de ellos desde el portaaviones a la hamburguesa. La caída de las Torres Gemelas movió un ademán general de simpatía hacia el crístico Bin Laden, con olvido del frío, numeroso y populoso crimen que allí se perpetró suciamente mediante fanáticos, kamikazes y terroristas. Quedaba como más de izquierdas estar con el nefrítico millonario y apócrifo profeta, cociéndonos con sus riñones enfermos o riñones al ajillo. No sé por qué, pero era así. La izquierda se caracteriza por asumir las causas perdidas, ya que otras no nos quedan una vez que asesinamos al padre, o sea don Carlos Marx. Bruce Springsteen, de acuerdo consigo mismo y con su conciencia, ha escrito el violento himno de la América herida. A nuestros cantautores, tan sensibles, siempre les reprime el prejuicio de hacer por la patria, que viene de padre.

4 de julio, 2002

El 'Quijote' en 'spanglish'

En un placete de la Mancha, de cuyo nombre no quiero remembrearme...». Así principia el nuevo Quijote traducido al spanglish en Puerto Rico o por ahí. Nos enorgullecemos mucho de los millones de hombres que hablan español, pero lo que hablan realmente es esto, los desperdicios de dos idiomas que no son consecuencia de una lucha por la cultura, sino de una lucha por la vida, porque en Estados Unidos hay que trabajarse el curro y hacerse entender, así como los norteamericanos necesitan entender a sus nuevos esclavos. Ahora, un lingüista al loro ha decidido poner el Quijote en spanglish, que será un best seller, pero no entre los hispanos que cargan banastas sino entre los eruditos deleitables de las lenguas, que convertirán este engendro en una joya bibliográfica.

El director de la Real Academia de la Lengua Española, Víctor García de la Concha, dice que se trata de un fenómeno lingüístico efímero. Sus palabras son para nosotros nido de consolación, y esperamos que se cumplan. Más que compañera del Imperio, la lengua es compañera del mercado, y ahora el mercado, la mundialización, o sea, se hace en estas jergas que ganan tiempo y pierden toda referencia cultural. Hay unas cuantas lenguas completas y vivideras, todas en Europa, de las que no podemos salirnos sin caer en el salvajismo o en el escombros de las Torres Gemelas.

Incluso Oriana Fallaci acaba de sacar un libro atroz y escrito «por cojones», por el que la han llamado reaccionaria, pero donde llega a la síntesis trágica del momento mundial: Oriente/Occidente. Sostiene la Fallaci que el Oriente ha iniciado una cruzada inversa contra nosotros y que son unos pueblos que viven de una religión que sólo produce religión. Cuando Nueva York, pues, vive esta confusión de palabras y muertos que dura ya un año, no parece conveniente añadir barullo al barullo sacando un Quijote en spanglish, sólo para uso de dialectólogos ociosos.

Quiere uno decir que se va haciendo urgente la separación radical entre la gran cultura de Europa, y mayormente de Grecia, que asume todo lo anterior y lo edifica en una Acrópolis, frente a las culturas del silencio que sólo dan tiempo vacío, es decir, el tiempo de la religión, que es la manera de fanatizar a un pueblo en la dirección correspondiente. Quienes hemos vivido la larga Guerra Fría, sabemos que ahí había ya un silencio de tundra, inmóvil, frente al rumor fabril de Europa y América. Entre Estados Unidos y el Papa Juan Pablo acabaron con el muro de silencio que cortaba Europa en dos y mantenía en calabozos la fragosidad de la cultura moderna e incluso de la antigua.

Ahora es todo el Oriente el que parece exhibir su alfanje de luna y sangre contra todas las injusticias del mundo que llamamos civilizado. A Estados Unidos no le importa que se haga un Quijote en spanglish, porque sus clásicos están en el mejor inglés y, por otra parte, ya hemos dicho que el spanglish no es sino el nuevo idioma de los esclavos, una cosa a denunciar más que a enaltecer con la complicidad involuntaria de don Miguel de Cervantes, que quiso tener mando en América y no se lo dieron. Este Quijote no le engrandece más sino que cada brutal neologismo supone otra herida en el cuerpo de don Miguel, numeroso de heridas y destellos verbales.

8 de julio, 2002



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.